



# LA AGONÍA DEL CRISTIANISMO

## EL LLAMADO CRISTIANISMO SOCIAL

¿El cristianismo social? ¿El reino social de Jesucristo, con que los jesuitas nos aturden los oídos? ¿Cómo la cristiandad, la verdadera cristiandad puede tener negocio con la sociedad de aquí abajo, de la tierra? ¿Qué será eso de la famosa democracia cristiana?

«Mi reino no es de este mundo» (Juan, XVIII, 36), dijo el Cristo cuando vió que el fin de la historia no llegaba. Y también: «Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Lucas, XX, 25). Pero es necesario recordar en qué circunstancias fué pronunciada esta sentencia cardinal.

Los que le perseguían para perderle se pusieron de acuerdo para preguntarle si era o no lícito pagarle tributo al César, el invasor, el enemigo de la patria judía, la autoridad. Si respondía que sí, se le presentaría al pueblo como un mal judío, como un mal patriota; y si decía que no, se le acusaría de sedición ante las autoridades cesáreas. En este trance, Jesús pide una moneda y, mostrando la efigie, pregunta: «¿De quién es esta efigie? —De César», le respondieron. Y él: «Dad, pues, al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios». O lo que es lo mismo: dad al César, al mundo, a la sociedad el dinero, que es del César, del mundo, de la sociedad; y a Dios el alma, que ha de resucitar con el cuerpo. De esta manera se desentiende de todo problema económico social, él que había dicho que le es más difícil a un rico entrar en el reino de los cielos que a un camello pasar por el ojo de una aguja; y demuestra que su buena nueva no tenía nada de común con las cuestiones económico sociales o nacionales, con la democracia o la demagogía internacional, como con el nacionalismo.

El cuarto Evangelio nos descubre la razón por la cual los escribas y fariseos hicieron condenar al Cristo. O mejor dicho, el pretexto. Fué éste el de su antipatriotismo. «Entonces, los grandes sacerdotes y los fariseos se

reunieron en Consejo y dijeron: ¿qué haremos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él, y vendrán los romanos y disolverán nuestro pueblo y nuestra raza. Y uno de ellos, Caifás, sumo pontífice que era en aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que es preferible que un hombre muera por el pueblo a que toda la nación se pierda» (Juan, XI, 47-51). Se ve que buscaban perderle a causa de su antipatriotismo, porque su reino no era de este mundo, porque no se preocupaba ni de economía política, ni de democracia, ni de patriotismo.

Pero, después de Constantino, desde que comienza la romanización de la cristiandad, desde que la letra, no el verbo del Evangelio, empieza a convertirse en una cosa como la ley de las Doce Tablas, los Césares se proponen defender al Padre del Hijo; a Dios, de Cristo y de la Cristiandad. Y apareció esta cosa horrible que se llama Derecho canónico. Y la concepción jurídica, mundana, social del pretendido cristianismo se consolida. San Agustín, el hombre de la letra, era ya un jurista, un legista. Y lo era San Pablo. Al mismo tiempo que un místico. Y el místico y el jurista luchan en él. De un lado, la ley; del otro, la gracia.

Derecho y deber no son sentimientos religiosos cristianos, sino jurídicos. El sentimiento cristiano es gracia y sacrificio. En cuanto a esa invención de la democracia cristiana, es algo así como la química azul. El que sostiene la tiranía puede ser tan cristiano como el que defiende la democracia o la libertad civil. Pero el cristiano, como cristiano, nada tiene que ver con esto.

Sin embargo, como el cristiano es un hombre en sociedad, un hombre civil, un ciudadano, ¿puede desinteresarse de la vida social y civil?

El cristianismo puro, el cristianismo evangélico quiere buscar la vida eterna fuera de la historia, y no encuentra más que el silencio eterno que aterraba a Pascal, en quien la vida fué una agonía cristiana. No obstante, la historia es el pensamiento de Dios sobre la tierra de los hombres.

Los jesuitas, los hijos degenerados de Iñigo de Loyola, nos vienen cantando la cantinela del reino social de Jesucristo, y con este criterio político quieren tratar los problemas políticos y económico sociales. Y defender, por ejemplo, la propiedad privada. El Cristo no tenía nada que ver ni con el socialismo ni con la propiedad privada. Lo mismo que el costado del divino antipatriota que fué horadado por la lanza y del que brotó la sangre y el agua, aquél que hizo creer a un soldado ciego para la fe, tiene nada que ver con el Sagrado Corazón de los jesuitas. El soldado estaba ciego, seguramente. Y vió desde el momento en que fué tocado por la sangre de aquel que había dicho que su reino no era de este mundo.

¡Y esos otros pobres diablos (diablo, *diabulos*: acusador), que dicen que Jesús fué un gran demócrata, un gran revolucionario, un gran republicano! La pasión de Cristo dura todavía. Pues es una terrible pasión la de tener que sufrir el que los unos os quieran hacer radical-socialista y los otros bloenacionalista; éstos, fracmasón, y aquellos, jesuita. El Cristo fué, en suma, un judío antipatriota para los grandes sacerdotes, escribas y fariseos del judaísmo.

.....

No, no, la democracia, la libertad civil o la dictadura, la tiranía, tienen tanto que ver con el cristianismo como la ciencia; la obra social del catolicismo belga, por ejemplo, tiene tanto que ver con él como Pasteur. La misión cristiana no es la de resolver el problema económico-social, el de la pobreza y la riqueza, el de la repartición de los bienes en la tierra; aunque lo que redimirá al pobre de su pobreza deba redimir al rico de su riqueza, como lo que redimirá al esclavo redimirá al tirano, y que es preciso terminar con la pena de muerte para redimir, no al condenado, sino al verdugo. Mas, con todo, no es ésta la misión cristiana. Cristo llama a él a pobres y ricos, esclavos y tiranos, condenados y verdugos. A la llegada del fin del mundo, en la proximidad de la muerte, ¿qué significan riqueza y pobreza, esclavitud y tiranía, ordenar una sentencia de muerte o sufrirla?

«Siempre habrá pobres entre vosotros» — dijo el Cristo. No, como parecen creer muchos de esos que se llaman cristianos sociales, a fin de que pueda practicarse la limosna, lo que ellos llaman la caridad, sino porque habrá siempre una sociedad civil, con padres e hi-

jos, y la sociedad civil, la civilización lleva en su seno la pobreza.

En España, el mendigo pide una limosnita por el amor de Dios; y cuando no se le da nada, se le responde: «¡Hermano, perdóname!». Y como él, el mendigo, pide por Dios, *por Dios* se le llama *por-diosero*. Mas como el otro, el supuesto rico, le pide perdón por Dios, se le podría llamar también *pordiosero*. *Pordioseros*, mendigos los dos.

El Padre Jacinto escribía el 13 de mayo de 1901, en Jerusalén:

«La señora Yakoulew, esposa del cónsul ruso en Jerusalén, se quejaba como nosotros de que las iglesias cristianas han hecho de Jerusalén la ciudad de la ignorancia, de la desidia, de la pereza y de la mendicidad. Como ocurre en todos los sitios donde gobiernan las curas. Véase «Lourdes», de Zola. La señora Yakoulew dice que hemos calumniado a los antiguos, a los griegos y romanos. Estos tenían la idea de un Dios único y sus estatuas no eran más que símbolos. Las costumbres no estaban tan corrompidas como hoy; la dignidad del carácter y de la vida era más grande. Si es así ¿qué ha venido a hacer el cristianismo?».

Verdad que no; no ha venido para terminar con la ignorancia y con la suciedad, ni introducir la dignidad en el carácter y en la vida, esa que los hombres de mundo llaman dignidad.

Un cura español, Jaime Balmes, escribió un libro sobre *el protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización*. Pero, será posible juzgar al protestantismo y al catolicismo en sus relaciones con la civilización; mas la cristiandad, la cristiandad evangélica no tiene nada que ver con la civilización ni con la cultura... Y como sin civilización ni cultura la cristiandad no puede vivir, el cristianismo agoniza. Y lo mismo la civilización cristiana, que es una contradicción íntima. De esta agonía viven los dos, el cristianismo y esta civilización que llamamos grecorromana u occidental. La muerte de una sería la muerte de la otra. Si la fe cristiana muere, la fe desesperada y agónica, nuestra civilización tendrá que morir también; y si nuestra civilización muere, morirá la fe cristiana. Ello nos hace vivir en agonía.

Las religiones paganas, religiones de Estado, eran políticas; el cristianismo es apolítico. Pero como, al hacerse católico, y además romano, se paganiza transformándose en religión del Estado (¡fué nada menos que un Estado pontificio!), vino a ser político. Y su agonía se acrece.

El cristianismo ¿es pacifista? La cuestión nos parece vacía de sentido. El cristianismo está por encima o si os parece mejor, por debajo de estas distinciones mundanas y puramente morales, o acaso puramente políticas, entre pacifismo y belicismo, civilismo y militarismo, entre *si vis pacem, para bellum* y *si*

*vis bellum, para pacem*: si quieres la guerra prepara la paz; prepárate a la guerra en la paz.

Ya hemos visto que el Cristo dijo que había venido a llevar la disensión a las familias, y el fuego, y la división, y la espada (Mateo, X, 34). Pero cuando en el monte de las Olivas fué sorprendido por los que habían ido a arrestarle, y los suyos le preguntaron si se defenderían con la espada, les respondió que se tuvieran *por esta ocasión*, y curó la oreja de aquel que había sido en ella herido (Lucas, XXII, 50-52). Y a Pedro, que había sacado la espada y herido a Malco, siervo del pontífice, le reprendió diciéndole: «¡Vuelve la espada a la vaina, pues todos aquellos que sacan la espada deben perecer por la espada!» (Mateo, XXVI, 51-53. Juan, XVIII, 11).

El cuarto Evangelio, el atribuído a Juan, es el único que nos dice que el que sacó la espada para defender al Maestro fué Simón Pedro, la piedra sobre la cual se supone constituida la Iglesia Católica Apostólica Romana, el supuesto fundador de la dinastía que estableció el poder temporal de los Papas y predicó las Cruzadas.

El cuarto Evangelio pasa por ser el menos histórico en el sentido materialista o realista de la historia; pero en el sentido profundo, en el sentido idealista y personal, el cuarto Evangelio, el Evangelio simbólico, es mucho más histórico que los sinópticos. Ha hecho y hace mucho mejor la historia agónica del cristianismo.

Por eso en este Evangelio, que es el más histórico porque es el más simbólico de los cuatro, y el más vivo, se dijo al simbólico fundador de la dinastía pontificia católica romana que aquel que saca la espada debe perecer por la espada. En setiembre de 1870 las tropas de Víctor Manuel de Saboya entraron por la fuerza de la espada en la Roma pontificia. Y la agonía del catolicismo se agrava el día

en que fué proclamado, en el concilio vaticano, el dogma jesuítico de la infalibilidad del Papa.

Dogma militarista, dogma engendrado en el seno de una milicia, de una compañía fundada por un viejo soldado, por un militar que, herido, inutilizado para la milicia de la espada, funda la milicia del crucifijo. Y en el seno de la Iglesia romana, la disciplina, *discipulina*, en la cual el discípulo no aprende (*non discit*), sino que recibe pasivamente la orden, el dogma, no la doctrina, no la enseñanza, del Maestro, mejor que del maestro, del jefe, conforme al tercer grado de obediencia que Loyola recomienda a los Padres y Hermanos de Portugal. ¡Ah, esto sí que es una agonía!

La lucha del cristianismo, su agonía, no es ni de guerra ni de paz mundanas. Es inútil preguntar si el misticismo es acción o contemplación, puesto que es contemplación activa y acción contemplativa.

Nietzsche hablaba de lo que está más allá del bien y del mal. El cristianismo está más allá de la guerra y de la paz. O mejor, más acá de la guerra y de la paz.

La Iglesia romana, digamos el jesuitismo, predica una paz, que es la paz de la conciencia, la fe implícita, la sumisión pasiva. León Chestov (*La noche de Getsemani*) dice muy bien: «Recordemos que las llaves terrestres del reino de los cielos les tocaron a San Pedro y sus sucesores, precisamente porque Pedro sabía dormir y dormía mientras que Dios, descendido entre los hombres, se preparaba a morir en la cruz». San Pedro sabía dormir y dormía sin saberlo. Y San Pedro fué el que negó al Maestro hasta que fué despertado por el gallo, que es el que despierta a los durmientes.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Traducción de JOSÉ ANTONIO CEPEDA)



# EL ALMA MUSICAL RUSA

---

## (Conclusión)

Hay una faceta interesantísima que une a tres de los cuatro restantes, pero sin separarles francamente de éste, es decir, de *Musorgski*. Los compositores *Balakiref*, *Borodin* y *Rimski* contienen a través de su música, a la manera de un hilillo invisible que les junta, una marcadísima influencia oriental en su nacionalismo.

Dice exquisitamente Camilo Mauclair que si quisiéramos buscar los más puros representantes de la música eslava no los debíamos hallar entre los rusos, sino entre los llamados compositores de música *austro-húngara*; esto es que «a Liszt, a Chopin, a Mahler, a Smetana es a quienes tenemos que pedir más expresamente el auténtico carácter eslavo». Ciertamente: los compositores rusos a que me vengo refiriendo, llevados, de una parte, por el maravillosismo, la sonoridad impensada, la pompa gloriosa y la extraña grandiosidad de la música oriental y, de otra parte, por el desmayo, la somnolencia, la embriagadora laxitud y la voluptuosidad enfermiza de la misma música, en una mezcla tan cierta como heterogénea, abandonaron las tiernas melodías de Occidente, o, si no las abandonaron por completo, a lo menos las relegaron a un segundo término. Y lo cierto es que perdieron por esto de enriquecer su obra con muchos de aquellos sugestivos y evocadores cantos de la Rusia europea, rayana a las fronteras occidentales, que tanto nos han deleitado, en Asturias, cuando los vimos repetidas veces cantados por aquellos magníficos coros que se llamaban «Ukranianos» y «Cosacos del Kuban», o por los excelentes cantantes de *lieders* que pasaron, con nuestro aplauso, por las Sociedades Filarmónicas.

A decir verdad, el orientalismo en la música de estos tres maestros rusos no ha sido una cualidad exclusiva de ellos, sin tradición de ningún género. Con poco que se rebusque se llegará presto al *padre de la música rusa*, como llamaban sus admiradores al patriarca *Glinka*. Este verdadero atisbador del genio de su país, en la ópera «Ruslan y Ludmila», siguiendo con gran fidelidad el ma-

nuscrito arreglado del fastuoso poema de *Puchkin*, exornó con ritmos asiáticos las canciones rusas exigidas por la obra en todos aquellos momentos en que glosaban líricamente escenas exóticas del continente vecino a Rusia. De igual suerte reparte esta tendencia en su fantasía orquestal que lleva por título «La Kamarinskaia».

Pero, en general, el orientalismo en *Glinka* es meramente episódico, le sirve para enriquecer con fastuosidad y pompa advenediza, y sólo de vez en cuando, su auténtica medula del más puro *rusismo*.

Por el contrario, los poemas sinfónicos titulados «Thamar» e «Islamey», de *Balakiref*; las fantasías para gran orquesta llamadas «Antar», «Sadko» y «Scherazada», de *Rimski*, así como el conocido poema sinfónico «En las estepas del Asia central» y la estupenda ópera «El príncipe Igor», de *Borodin*, entre casi toda la obra de estos egregios compositores, comprenden en su totalidad, música oriental, música asiática, como necesario atavío brillantísimo y extraño a la magnificencia, verdaderamente pródiga en maravillas extraordinarias, de sus argumentos.

Aquellos hombres, colocados emocionalmente lo mismo que geográficamente en la raya de dos civilizaciones dispares, necesitaban el elemento fastuosísimo, el detalle pintoresco para acuciar sus exuberantes imaginaciones, caldeadas por la llama de una taumatúrgica inspiración. Y cuando no lo encontraban en el alma persa y turcómana, volvían los ojos, llenos de avidez, a lo más lejano de su lejano Occidente y venían a España en busca de motivos brillantes.

Pero, precisamente por esta cegadora perspectiva de sonoridades y de ritmos forasteros y desconcertantes se dijo, al principio—hasta por algunos críticos españoles—que la música de estos autores resultaba un tanto vacía y un mucho superficial. A tan equivocada afirmación he de oponerle—por si hay alguno que intente defenderla hoy día—las vibrantes palabras del entusiasta escritor que ya he citado varias veces: «No es superfi-

cial—dice—el arte que por la evocación de los aspectos sugiere las almas, y verdaderamente puede percibirse el alma de unos pueblos bárbaros en esa especie de vastísimo comentario musical de las *Mil y una noches*. Esta música expresa intensamente esa fusión íntima de crueldad, de voluptuosidad, de refinamiento y de melancolía que constituye, por la sutilidad de sus dosis, el secreto del alma asiática; evócanse sin cesar en ellas esos príncipes fastuosos, brutales y nostálgicos que aspiran con delicia rosas en el olor a sangre de ajusticiado, que adoran mujeres espléndidas y las apuñalan a la menor sospecha, que se aburren en las fiestas más exquisitas y mezclan constantemente la animalidad y los pensamientos más ingeniosos entre su poeta y su verdugo».

— Cuando se hace escuchar juntas algunas obras de tendencias orientalistas de cada uno de los tres músicos a que me vengo refiriendo puede establecerse con relativa facilidad la diferencia entre el valor melódico y añorante de *Balakiref*, el valor descriptivo y tierno de *Borodin* y el valor magistral y brillantísimo de *Rimski-Korsakof*.

— Por ejemplo: el *Islamey* deja en los labios el limpio regusto del alma musulmana.

— La emoción del poema sinfónico de *Borodin*: «En las estepas del Asia central» es de otra suerte. El admirable maestro, lleno de una adorable sensibilidad, quiso, en esta obra, darnos la sensación cansina, angustiosa, aplanante de una caravana que camina perdida sobre la arena del desierto asiático. Al ritmo cansado y siempre igual de los pesados camellos únense los cantos lánguidos, monofónicos, tristemente humorísticos de sus conductores a quienes el blanco indumento y el pródigo resguardo de su cabeza no basta a sustraer de la maza plomiza y enervadora del Sol. Este, calcina las monótonas arenas, dardea las solitarias guijas que brillan como gemas deslumbrantes de trecho en trecho y su calígene lanza al espacio la obsesión de una nota alta, dominante, subyugadora, como el silbo aterrador de la serpiente de cascabel... ¶, que persiste con tenacidad alucinatoria, mientras que la desmayada caravana se pierde en la lejanía uniforme, idéntica a sí misma en cada sucesión de tiempo...

— ¶ finalmente el inspiradísimo poema de *Rimski* titulado *Scherazada* nos produce el efecto de una fuerte ducha de agua perfumada. Toda la cegadora pompa asiática de *Las mil noches y una noche* desfila por nuestra imaginación captada en la maravilla orquestal del maestro ruso, mientras que la efímera favorita *Scherazada* ceba el interés del Sultán cada noche con relatos maravillosos... y cada mañana llena de esperanzas a su hermana *Dinarzadu* diciéndola que aún vive...; y en cada narración se evocan, por obra de las palabras de la

Sultana destinada a morir, las fastuosas hazañas que sólo son capaces de crear los pródigos cerebros orientales. Ante nuestra vista admirada pasan: perfumes, pedrerías y oro, gemas verdes como serpientes y serpientes plateadas como lunas, sahumerios atrayentes y venenosos, lámparas enjoadas que balancean sus iris deslumbrantes, venganzas terribles, odios embriagadores y misteriosos, milagros increíbles, poemas de vida y de muerte llenos de acicate y de languidez, fascinaciones que suspenden el ánimo y, al fin, le hacen estallar de entusiasmo... ¶, todo ello envuelto en el manto de tisú estrellado y nebuloso de una música excepcional, admirable...

\* \* \*

— Hemos llegado al momento quizás más típico y a la par más interesante de este ensayo porque alcanzamos el punto más elevado del desenvolvimiento musical de Rusia. Es éste la aparición de *Modesto Musorgski* con una personalidad tan interesante y tan extraordinaria que no hubo músico pasado y presente capaz de oscurecerla; antes al contrario: todavía hoy—y más que nunca—irradia luz inextinguible hacia todo el mundo de la armonía.

— Es ya numerosísima y absolutamente variada la bibliografía referente a *Modesto Petrovicht Musorgski*. Se le ha estudiado de todos los visos y a la luz de todas las tendencias. ¶, no obstante, queda uno perplejo ante la propia perplejidad de sus comentaristas. No existe todavía un concepto único, exacto y concreto respecto a tan gran artista.

— Aun dejando aparte los juicios interesados, agresivos, escritos en momentos de lucha y de pasión por los numerosos enemigos con que contaba el *Grupo invencible de Petrogrado*—uno de los más agresivos, como se comprenderá, fué *Tschaikowski* que llamaba a dicha música: *porquerías a estilo de Musorgski*—prescindiendo de tales enemigos, aun sus propios admiradores y amigos no se atrevían a hacer afirmaciones concretas respecto a tan originalísimo y creador Maestro, y titubeaban y acababan por no decidirse francamente en su pro cuando le juzgaban.

— Así, Calvocoressi—en su libro titulado *Musorgski*, traducido al español—se coloca en la posición de crítico frío y ecuánime y ve en este compositor una mezcla de genialidad y de vulgaridad. El mismo *César Cui*, en su ya citado y célebre libro escrito en francés, atribuye la absoluta novedad de los giros y de las armonías geniales de *Musorgski* a la pura casualidad. Riemann dice textualmente en su obra clásica: «Por amor de un solo efecto característico se coloca por encima de todas las leyes de la estructura musical y de todas

las reglas tradicionales de la armonía. Desgraciadamente le falta el fondo de instrucción musical que fuese capaz de elevar sus tentativas de reforma—sobre todo en el dominio de la ópera—por encima del nivel de simples experiencias... ¿para qué seguir citando ya más juicios? De esta suerte le juzgan la mayoría de sus comentaristas y, hasta, sus propios admiradores.

¿Es que tan enorme, tan incomparable artista ha pasado por el triste calvario póstumo de todos los hombres que, como él, fueron singulares y renovadores? ¿De qué le servirían a su genio los conocimientos musicales de su tiempo—y aun los olvidados de tiempos de Juan Sebastián Bach!—si él era capaz de crear en cada instante el efecto, la rebeldía, la sonoridad que necesitase? Hoy, ya lejanos del cráter del volcán, pueden los espíritus cultos, modernos e imparciales analizar su obra, y, puesto que el subyugante poder pedagógico de ésta se impuso de una manera definitiva, la humanidad que siente y piensa hace justicia al músico genial que quizás había nacido para ser único.

La vida de *Modesto Musorgski* es una pobre vida casi siempre truncada, casi siempre desoladora y siempre camino abajo hacia un fin desastroso. Hubo en ella claros de sol pálido como atisbos de cambio de tiempo en la tempestad y aún halló momentos de un buen sol meridiano y reconfortador, pero pronto la ceniza de un cielo de tormenta nublaba estos medios días de esperanza. Entrevió la posibilidad de alcanzarlo todo de niño y de joven. Supo oponer, en su media edad, un sano humorismo a los ataques desenfrenados de la envidia y de la adversidad. Pero lo inevitable apagó sus sueños de ambición y le sumió en la más degradante miseria. Su amor a la música y su adhesión inmovible a los que con él creyeron en la nueva Estética musical, le decidieron a abandonar la carrera de las armas y a precipitar así su completa ruina. Malvivió de oficinista en ciudades de ínfimo orden y encenagó su prestancia noble y varonil con toda suerte de dolorosas renunciaciones. Su mayor enemigo fué el alcohol que atacó rudamente a su inteligencia... ¿murió joven! a los cuarenta y dos años, entre las horribles alucinaciones del *delirium tremens*, en una cama del Hospital militar de Nicolás en Petrogrado. Rodeábanle, en la hora postrera, sus fieles amigos de lucha y el gran crítico *Stasof*, que fué su más íntimo confidente.

Existe en Leningrado, en la *Galería Tretia-kof*, un admirable retrato de *Musorgski* pocos días antes de su muerte. El pintor *Repin* supo hacer una obra de arte. Yo he visto una copia de él, en compañía de mi íntimo amigo el poeta *Silvio Itálico*. Jamás a los dos nos produjo retrato alguno sentimiento mayor de atracción y de contemplación. Yo le admiraba mudamente pero mi

amigo—¿cómo no?—dejaba escapar su sentimentalidad por los catorce surtidores del soneto que voy a transcribir:

## MODESTO MUSORGSKI

### ANTE EL RETRATO PINTADO POR REPIN

¡Niño en grandel ¡Amplia frentel ¡Ojos de corazón!  
¡Grosura de alcoholismo y de quietud estátical  
¡El ajenjo tornando su magestad hierática  
en la más triste, en la más triste renunciación!

¡Cuarenta años de penas y de desilusión  
torturando su bella figura aristocrátical...  
¡Pero el alma divina de la fiereza asiática  
rielando en el gran lago de su imaginación!

Este fué el que apuntando su flecha a las estrellas  
cambió sus luces tímidas en líricas centellas...

¿ahora, ocho días antes de su marcha final

mira con esa clara mirada sonriente  
del que oye ya en lo interno del jaspe de su frente  
¡la eterna sinfonía del alma universall

La música de *Musorgski* es subyugadora. Es tan sugestiva, tan supremamente atrayente que todo aquel que llega a comprenderla en toda su plenitud y a gustar de ella como realmente lo merece, adquiere un paladar musical muy difícil de satisfacerse con obras más o menos clásicas.

El genial maestro ruso ha creado para su uso particular una soberana estética que pudiéramos llamar: estética del *desgaire*. La música en él era un arma poderosa que le servía para crear en sus iniciados una suerte de emociones distintas de las musicales. Es lo cierto que *Musorgski* jamás se propuso componer música pura. Todos sus esfuerzos se dirigieron a hacer de su música un medio de expresión tan sobradamente gráfico que, sin valerse de la retórica musical académica, pudiese transferir a sus oyentes las mismas emociones que él había experimentado. ¿esto por medio de onomatopeyas. El fundamento de tal arte, completamente *realista*, se lo debe, como ya apunté más atrás, a su maestro *Dargomiski*, pero hay que tener en cuenta que éste quería sólo aplicarlo a la ópera, en tanto que *Musorgski* lo extendió, con gran sagacidad, a todas sus composiciones.

Donde mejor se puede apreciar este modo peculiar de tan gran músico es en sus obras vocales y mejor aún en su numerosa colección de *lieders* donde sigue, con una estricta rigurosidad, el texto de la canción. Véase lo que escribe con referencia a esta cuestión el excelente crítico Calvocoressi: «Una poesía patética le sugerirá al compositor (*Musorgski*) páginas que llegan a lo sublime, como *Sobre el agua*, *Canción de cuna*, recitado de *Pimeno* en *Boris Godunof*, etc. Pero si la emoción contenida en el texto es más vulgar, la

música no saldrá de lo común, como sucede en las melodías sobre poemas de *Alejo Tolstoi*. Será truculenta o delicada, exuberante o seca, según el significado y calidad de las palabras. Si el texto presenta contrastes, la música los subrayará en cada término, como en *Trepak*, *La canción de cuna del labrador*, etc., etc. Si ofrece aquél una gran variedad de inflexiones y matices ésta presentará la misma flexibilidad, tal *La Habitación de los niños*. Si una buscada monotonía, la reproducirá la música con todo el interés especial que ella contenga; como ejemplos valgan *Savichna*, *El Huérfano*. Si una simple sugestión rítmica, precisa y continua, la música se apoderará de ella y adquirirá la elasticidad correspondiente, como ocurre en *La Urraca*.

El punto culminante de *Musorgski*, no obstante, está en su ópera *Boris Godunof* que coincidió con el único lapso de su vida en que fué feliz.

Antes de *Boris Godunof* había intentado llevar a la práctica en toda su pureza las ideas de *Dargomiski* y puede todavía admirarse el primer acto de lo que él llamó: «Ensayo de música dramática en prosa», esto es: *El matrimonio*, sobre el texto mismo de la comedia de *Gogol*. Aún se conserva el manuscrito en la *Biblioteca pública* de Petrogrado.

Además de estas obras escribió *Musorgski* un drama musical popular, en cinco actos, que tituló *Los Chowanski* y unos fragmentos de *La feria de Sarotchinski*.

Para orquestas dejó: *Intermezzo in modo classico en si menor*, *Scherzo en si bemol mayor*, *Marcha turca* y el conocido poema sinfónico *Una noche en el monte Calvo* que primeramente había escrito para una ópera fantástica que con el título de *Mlada* iban a componer en colaboración *Cuí*, *Rimski*, *Borodin* y él.

Para coros dejónos: *La derrota de Sennacherib*, *Jesus Narinus*, *Salambó* (para voces blancas) y *Edipo*.

Ya he hablado de su numerosa producción de lieder. Y, por último, lo mejor de su obra lo compuso al piano con los maravillosos *Cuadros de una Exposición* constituidos por X impresiones inspiradas en los cuadros de su amigo el arquitecto *V. Hartmann* en 1874. Comienza por una *Introducción*, que él llama *Paseo*, y que se repite, cambiando ligeramente de matiz, de cuadro a cuadro. Según el crítico *Stasof*, en este paseo «el autor se ha representado a sí mismo yendo de un lado para otro, tan pronto distraído como acercándose apresuradamente a un cuadro... A veces, la marcha alegre se va parando: *Musorgski* pensaba tristemente en su amigo difunto...»...

\* \* \*

Hasta aquí me vine ocupando del buen plantel de músicos rusos que, unos más y otros menos, pero todos en suma, se asomaron al magnífico *balcón del Oriente*. Estos fueron, por los motivos que ya he dejado atrás, los verdaderos creadores de la *nueva música* en Rusia.

Voy a citar ahora, muy a la ligera, los, también, músicos rusos que prefirieron asomarse al *balcón del Occidente* para recrearse con las tradicionales efusiones de la vieja Europa. Estos son los que pudieran ser designados como partidarios de la *música pura*, desprovista, en lo posible, de todo carácter nacional o regional.

Antes, sin embargo, quisiera llamar la atención sobre algunos formidables compositores que, aun participando de alguna de las dos tendencias que acabo de indicar, prefirieron escribir *su música* dentro de casa: sin asomarse a ningún balcón.

De los tales, el más sólido prestigio y el más fuerte puntal de la música moderna en Rusia, el verdadero representante de la tendencia *nacional* con los distingos apuntados, el actual recolector, y hasta purificador del espíritu de los *Cinco*—y con preferencia de *Musorgski*, pero mucho más ecléctico y, como hombre de su tiempo, mucho más avanzado—es *Igor Strawinski*.

De este colosal cincelador de filigrana sonora, dice el entusiasmo del gran crítico francés *Emile Vuillermoz*, en su exquisito libro: *Musiques d'aujourd'hui*: «Después de la revelación de *El pájaro de Fuego* por los bailes rusos, en 1910, el nombre de *Igor Strawinski* se hizo inmediatamente popular en los medios musicales franceses. Esta corta partitura tan delicadamente atractiva pudo clasificar desde el primer momento a este artista, de veinte años, entre los maestros de la escuela rusa contemporánea. Su éxito fué tal que hubo necesidad de tirar, para los conciertos sinfónicos, una *Suite de orquesta* que reuniese sus páginas más características. Y esto, porque los melómanos no estaban dispuestos a esperar la vuelta de los *danzarines eslavos* para gozar de nuevo de este encanto musical».

*Igor Strawinski* dió a su tierra todas las facetas musicales que podían exigírsele por su posición. Así pintó la Rusia llena de orientalismo en el citado *Pájaro de fuego*, que hemos oído diversas veces en nuestras Sociedades Filarmónicas; grabó la Rusia actual, con gran parte de espíritu eslavo, en *Petrucka*; y esculpió, por fin, la negra Rusia antigua, con sus odios y con sus ferocidades, en *La Consagración de la Primavera*.

Aunque *Igor Strawinski* no ha intentado, por motivo de la naturaleza rebelde de su música, crear escuela de ningún género, acaso algunos claros nombres de la actual juventud musical rusa concuerden con el modo de hacer del maestro.

Acaso *Gniesin*... Acaso *Roslavetz*... Acaso *Ornstein*...

El más firme puntal de la *tendencia alemana*, dentro del círculo restringido en que he colocado a *Strawinski*, es el ya muerto *Alejandro Scriabin*. Este magnífico maestro ruso: *Alejandro Nicolaiewitch Scriabin* era joven—nació en 1872—. Fué primero discípulo de piano en el Conservatorio de Moscú y sentía gran predilección por él su maestro *Safonof*. Más tarde llegó a profesor de piano en el propio Conservatorio de Moscú.

Sus poemas sinfónicos, de un misticismo grandísimo y de una elevada exaltación de su fé religiosa, siguen la huella, por lo menos en su forma exterior, de la llamada *música de programa* alemana, pero en su depuradísima técnica hay un factor sobremanera personal que crea nuevas formas expresivas, nuevas tonalidades y ritmos pletóricos de extrañeza. Tales son: *Prometeo*—que Arbós estrenó en Madrid precedido de un conferencia-explicación—y *El Poema del Extasis*, obra de juventud. Su principal, y más numerosa producción, sin embargo, es en música de piano, entre la que se cuenta aquel célebre *Nocturno para la mano izquierda* que han incorporado definitivamente los pianistas a nuestros habituales programas de concierto

Continuador de *Scriabin* es el estupendo *Prokofief*, también ya conocido en nuestros conciertos.

\* \* \*

Y ahora digamos un breve número de palabras, que serán las suficientes, para ocuparnos de los compositores francamente *occidentalizados*.

Rompe marcha, señalando ya su digresión, casi desde el propio *Glinka*, el conocidísimo y hartamente manoseado *Tschaikouski*.

*Pedro Iljitch Tschaikouski*, nacido en *Votkinsk* en 1840 y muerto, de cólera, en Petrogrado en 1893 es el compositor más conocido, entre los músicos rusos, de ochenta años a hoy. Nuestros programas de conciertos se nutren con gran prodigalidad de los productos de su ingenio.

*Tschaikouski* tiene solamente de semejante con los compositores *orientalistas* rusos el no haberse dedicado a la música desde su primera edad. Este, como aquellos, estudiaron diversas carreras y, en lo atañente al músico que me ocupa, se hizo abogado e ingreso en el Ministerio de Hacienda de Petrogrado. A los 23 años, y por influencia del poeta *Apuchtin*, consintió su padre en que saliera del Ministerio y comenzase sus estudios musicales en el Conservatorio que acababa, en 1863, de fundarse en la capital del imperio moscovita. Tres años después ya era profesor de armonía en el Conservatorio de Moscú.

Es de cierto el compositor ruso más comprendido por su íntimo parentesco con nuestros músicos habituales de conciertos. Su romanticismo, a la manera de Schumann, de Chopin, de Liszt, aunque sin copiarles literalmente, agrada porque le une a una copiosa inspiración y a sus conocimientos nada vulgares en la composición y armonización. No obstante, su música peca de demasiado comprensible, de poco rebelde, acaso de un tanto dulzona y empalagosa para los paladares ya hechos al agraz de las nuevas orientaciones.

Y su peor acción fué la de oponerse con la gran fuerza de su autoridad a la rápida difusión de la música francamente nacionalista en Rusia.

Existe, por fin, una escuela pianística eslava, que, aunque siguiendo las tendencias occidentalistas, produce y ha producido altos valores cotizables en todo el mundo artístico.

En ella descuellan los que voy a citar de un modo rapidísimo:

*Anatolio Liadof*, nacido en Petrogrado en 1855 y muerto hace unos cuatro años. Sucedió en la cátedra de composición en el Conservatorio de Petrogrado a su maestro *Rimski-Korsakof*. Escribió algunas composiciones para orquesta pero principalmente, compuso una finísima música para piano.

Popularizado por el gran pianista *Sauer*, es bien conocido su vals titulado *Cajita de música*: su audición produce el efecto de una golosina bien saboreada que extendiese su dulzor por todos nuestros nervios.

*Antonio Stepanowitch Arenski*, nacido en *Nougorod* en 1861 y muerto de tuberculosis pulmonar en *Tosioki* (Finlandia) en el año 1906. Profesor de composición en el Conservatorio de Moscú primero, y después director de la Capilla imperial en Petrogrado, es un compositor que recuerda, en sus obras, de una manera asombrosa, a Chopin y, cae, muchas veces, en la más fiel imitación.

*Sergio Wasiliewitch Rachmaninof*, ya desde hace tiempo nuestro huésped en los Programas de Concursos españoles. Nacido también en *Novgorod* en 1873. Discípulo predilecto y brillante de *Arenski* en Moscú, además de excelente sinfonista, ha compuesto muchas y buenas obras para piano, en las que junta una elegancia instintiva a una gran sentimentalidad.

En su música puede apreciarse, bien que ligeramente, un cierto sabor *oriental*, herencia del grupo petersburgués, que no fué capaz de borrar la equivocada dirección europea que posteriormente tomó la música rusa.

BENITO A. BUYLLA.

# ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL PAISAJE DE MONTAÑA EN ASTURIAS

Si las provincias Vascongadas, Santander y Galicia, aventajan a Asturias en cuanto al paisaje marítimo o de costa, no habrá quien dude que esta última, es superior a todas las del Norte de España por sus paisajes de montaña, en cualidad y cantidad.

Asturias representa el máximo de complicación orográfica de la península, y aún podemos afirmar sin error, que, en toda Europa se hallarán escasísimas regiones que en igualdad de extensión presenten la variedad montañosa que la nuestra.

El imperativo geológico que tanto ha dado que hablar a los investigadores del suelo asturiano, determinó esta complicada red de valles y montañas, que, presentando un abigarrado conjunto, desorienta al viajero, y hace poco menos que imposible al mismo habitante el distinguir con alguna claridad la estructura de la tierra en que vive.

Fuera de algunos excursionistas cultos, y de los profesionales y auxiliares de la ingeniería que han tenido algo que ver con nuestra tierra, apenas hay, no ya españoles, ni siquiera asturianos que puedan abarcar con algún detalle la fisonomía del relieve de su región. La difusión del mapa de Schultz (del que se siente la necesidad de una nueva edición, agotadas las que hasta ahora se hicieron) se ha realizado únicamente entre gentes de las categorías arriba expresadas, y es sin duda el mejor instrumento de estudio que poseemos hasta el día. En él podrá encontrar quien lo desee, la descripción gráfica de nuestros principales centros montañosos.

## LA MONTAÑA DE ASTURIAS CON RELACIÓN A LOS GRAN- DES MACIZOS MONTAÑOSOS

La contemplación de las montañas lleva al individuo, después de un somero análisis de su fisonomía, a la aplicación de los conceptos de *forma* y *tamaño* que se pueden establecer ante cualquier objeto. En este sentido la impresión que el paisaje de montaña produce en el observador es diversa.

Un macizo montañoso como el Guadarrama o los Alpes, contemplados desde lejos, dan la impresión de una gran masa relativamente uniforme. La montaña de Asturias rara vez se puede contemplar desde lejos; solamente colo-

cado el observador en alguna de las cimas de las sierras leonesas, puede alejarse de nuestra cordillera cantábrica para adquirir la perspectiva de su lejanía; pero nunca llegará a percibir la sensación de conjunto grande y uniforme.

Los pasos o puertos y los picos, se presentan en armoniosa alternativa como un sistema de levantamientos y depresiones que recortan sinuosidades inconfundibles. Si aleja demasiado su punto de vista en la montaña leonesa, las sinuosidades se tornan más suaves y la cordillera asturiana se esfuma presentando el aspecto de un muro o de una penillanura.

Fuera de estas atalayas que nos ofrece la montaña leonesa, la visión de lejanía sólo puede ser lograda por el marino, pero, la distancia relativamente corta que separa el mar de los sistemas más elevados en Asturias, impide a aquél su contemplación en la mayor parte de los casos, porque las montañas y aun las colinas bajas cercanas a la costa se le interponen.

Los Picos de Europa y el Puerto de Suevo se atalayan fácilmente desde alta mar, pero las cumbres altas de las zonas central y occidental de la cordillera cantábrica, son inaccesibles en Asturias a la mirada del navegante con raras excepciones.

Si trasladamos el punto de observación a estas colinas y montañas bajas, no lejanas de la costa, y miramos hacia el Sur, la montaña surge imponente hacia el Oriente de Asturias y se presenta como una hermosa sucesión de términos en el centro y Occidente, más suave y menos bravía. De todas maneras, sea cualquiera el punto de contemplación de estos tres apuntados, las montañas asturianas jamás darán la impresión de un macizo uniforme como el Guadarrama y los Alpes.

El viajero que procedente de Asturias contemple el paisaje que se ofrece desde la línea férrea entre Avila y Madrid, adquiere bien pronto el concepto de la diferencia que existe entre el paisaje del Puerto de Pajares y el del Guadarrama, independientemente de las que hay en la luz, el color y la vegetación. Mientras esta sierra se levanta perezosamente desde la sub-meseta N. de Castilla, y alcanzan sus vertientes una suave inclinación, en Asturias, en muy pocos kilómetros (en la proyec-

ción horizontal) se salvan alturas de 400 a 1300 metros sobre el nivel del mar, inclinándose las vertientes de manera exagerada y violenta. Para encontrar paisajes de esta última estructura en las sierras centrales, es necesario adentrarse en la montaña, escalar su parte alta, y aun así, en igualdad de extensión, abundan más en Asturias que en Castilla.

Esquematisando estos conceptos diremos, que, si la accidentación de un sistema montañoso, puede ser representada idealmente por una línea quebrada o una sinuosoide, ésta, en Asturias presenta mayor desarrollo que en Castilla y, es además más frecuente el mayor grado de complicación.

Otra característica de la montaña asturiana comparada con los grandes sistemas montañosos europeos y castellanos, es la de la extensión de sus accidentes. Un valle de los Alpes es casi siempre más extenso y profundo que un valle asturiano; una garganta, una hoz o desfiladero, alcanzan allí grandes proporciones y por excepción la angostura que en Asturias. Eminencias como Peña Oviña o el Naranjo de Bulnes, están representadas en los grandes macizos por masas gigantescas si se las compara con éstas.

Consecuencia de tales diferencias de tamaño y en general de extensión de los accidentes, es la de la impresión que producen en el ánimo del hombre. Los grandes macizos no están tan a su alcance como los asturianos. En nuestra montaña el sujeto siéntese más fácil y prontamente invadido por el paisaje circundante, logrando una emoción más plena y compleja. La montaña de Asturias, por su altura, por el grado de complicación de sus accidentes y por la especial disposición de éstos, es intermedia entre las sierras y colinas bajas (que a veces llegan a dar una impresión mezquina de lo que es la montaña) y los grandes macizos. En aquéllas el ánimo experimenta emociones suaves, *bucólicas* podríamos llamarlas, de algo que el hombre podría fácilmente dominar, emociones en fin relativamente próximas a las que dan el parque y el jardín. En los grandes macizos el contemplador siéntese esclavo de la impresión de grandeza e inmensidad, acercándose el carácter específico de la emoción que le invade a la que dan el mar y el desierto, de magnánima monotonía, de sobrecogimiento, prontos a despertar el terror cósmico.

Así, pues, nuestra montaña es más humana, más asequible y comprensible, sin perder en grandeza gran cosa, y aun podría decirse en cierto sentido que es más montaña.

#### CONTRASTE ENTRE EL PAISAJE DE LOS PICOS DE EUROPA Y EL DE LAS MONTAÑAS DEL OCCIDENTE DE ASTURIAS.

Fijado el carácter específico de nuestro paisaje de montaña comparativamente, y te-

niendo sólo en cuenta las nociones de forma y tamaño, vamos a intentar traducir el alma del paisaje de los Picos de Europa en contraste con las montañas del O. de Asturias haciendo intervenir en sus diferencias el concepto de sustancia.

La notoriedad del paisaje de los Picos, alcanzada gracias a la vulgarización que de él han hecho alpinistas españoles y extranjeros, ha dado lugar a la idea de que él es lo verdaderamente típico de nuestra montaña, desviando la atención del turista de otros grupos montañosos a nuestro modo de ver tanto o más interesantes.

Se ha exaltado el paisaje de los Picos con fortuna, y aun se merecería más su belleza grandiosa y emocionante, pero ni ellos son lo único del paisaje asturiano montañoso, ni tampoco lo más digno de ser gozado a nuestro modo de ver.

Es posible que, en la irresistible atracción que sobre nuestros alpinistas ejerce el paisaje de los Picos, haya algo de *snobismo*, y aun de la tendencia muy del día de gustar emociones fuertes y violentas.

Por otra parte, no es siempre el alpinista un buen catador de paisajes en el sentido—claro está—petrarquista. Consistiendo por lo general la idea central de sus entusiasmos, en el afán de dominar las asperezas de la sierra, hasta el momento decisivo en que suspendido sobre el abismo asoma en el ánimo la sensación del vértigo, descuida su atención sólo ligeramente detenida en los sentimientos de contemplación serena; no escucha la sinfonía sublime que entonan las formas, los colores, las perspectivas y aun los leves sonidos confusos que llegan de allá abajo. Obtiene por lo general una emoción parcial del paisaje que le rodea, pero raras veces la emoción plena y compleja.

Por ello prefiere escalar el Naranjo de Bulnes a remontar las alturas del Aramo, Peña Oviña, Camayor o la Serrantina, en que la mirada puede recrearse de una manera verdaderamente fáustica en la mayor variedad de percepciones que jamás podría nadie imaginar.

La expresiva frase alemana de que los árboles no dejan ver el bosque podría parafrasearse con relación al paisaje de los Picos diciendo que, aquí, las rocas no dejan ver la montaña.

La ascensión a los Picos desde los valles perpendiculares a la dirección del Cares, constituyen desde el mismo punto de partida un verdadero escalamiento o más bien un verdadero asalto. Subir desde Poncebos al refugio de Camburero es, sencillamente, esto mismo, escalar la peña por una de sus hendiduras. La garganta por donde asciende la senda desde Bulnes nos sume, por así decirlo, encallejonándonos y prohibiendo otra sensación que las de la fatiga y el escalamiento. Las

rocas aparecen como milagrosamente suspendidas sobre nuestras cabezas amenazando de continuo a desplomarse. Ya ante el refugio y fuera del sumidero, podemos recrearnos en la contemplación de un pequeño rellano o *campera*. ¡Pero, qué *campera*! El que se haya detenido en las alturas de Trobaniello (Quirós), La Mesa, San Lorenzo, El Páramo, Chandurrio (Somiedo), no podrá menos de añorar la agradable sensación de solaz y mansedumbre que despierta una *campera* en la montaña alta después de una ascensión. Pero a parte de este último aspecto la peña se presenta en los Picos violenta, pegada a nosotros, desnuda de vegetación, y siempre encaramada y amenazadora. No hay aquí transición de términos en la perspectiva sino demasiado violenta.

Por otra parte lo dominante respecto del viajero es la situación perpetuamente transitoria de un escalamiento. No se está nunca en la cima, y cuando ésta llega se ha subido demasiado. Desde una altura de los Picos todo es pequeño. Hay que mirar demasiado hacia abajo para ver algo lejano, demasiado lejano, o entretener la mirada en la exploración de las cimas vecinas, la mayor parte de las veces demasiado cercanas. En una palabra, las montañas que se pueden atalayar están o demasiado lejos o demasiado cerca. Los términos se suceden con demasiada energía y violencia. Hacia el N. el mar se mantiene casi a nuestros pies; hacia el Sur las asperezas desnudas de la roca leonesa blanca y alegre se suceden y, por fin, se vislumbra la tierra de Campos, árida y llana.

Una cima del Occidente de Asturias ofrece un paisaje distinto. La caliza de tonos que tienden más al azul que la de los Picos, alterna con la cuarcita siluriana de tonalidades que suben desde el ocre al rojo; la pradería natural cubre grandes superficies entre la selva y la roca matizada de colores. El verde varía indefinidamente, la peña se oscurece en algunos puntos hasta ennegrecerse. El agua que abundantemente baja a los valles, descansa antes a veces estancada en pequeñas lagunas como en la Focella (Teverga), el Páramo, Camayor y La Campa (Somiedo), Cueto de Arbas (Leitariegos), cosa menos frecuente en los Picos donde sólo quedan minúsculas charcas, vago remedo de los lagos que alimentaron sus glaciares cuaternarios.

Las fuentes y los arroyos, numerosos y abundantes, se despeñan encantándonos con ese inconfundible rumor que sólo se escucha entre el silencio de la montaña y no se confunde con ningún otro.

La contemplación de la lejanía ofrece también aquí una gran variedad. Hay transición densa de términos. Tras de una montaña aparecen otra y otra, dispuestas como un múltiple e inacabado oleaje; los valles del Narcea y del Pigüena se adivinan por entre estas suce-

siones de montañas, y, por fin, allá lejos se tocan el mar y el cielo a veces confundidos en una misma tonalidad. La mirada resbala, pues, agradablemente y los matices de color y de forma sucedidos en la perspectiva de la lejanía desencadenan en el ánimo una melancólica sensación siempre más lírica que en el paisaje de los Picos.

En la ascensión a una cima del Occidente de Asturias el paisaje se presenta también distinto de los que ascienden por los valles de los Picos. Hay en aquéllos variedad de formas y matices y es menos frecuente la sensación de fatiga que allí se siente al escalar.

El primer elemento nuevo que sorprende nuestra vista es el bosque. El bosque no existe en los Picos. Algunas manchas de hayas raquílicas, no son lo suficiente para alcanzar la categoría de bosque. En el Occidente, La Ferreirúa (Teverga), Tiblós y Vocibrón (Somiedo), Monasterio y Muniellos (Cangas de Tineo), presentan extensiones repletas de hayas jóvenes de ramaje gracioso y esbelto, y de verdes y relucientes hojas; o trozos de selvas milenarias que recuerdan el medio que presencié las hazañas del cazador paleolítico; hayas, encinas y robles corpulentos, rugosos, de copa ancha y bien poblada, o troncos gigantes de altura insospechada nos rodean. Julio Verne, Mayne Reid y Salgari acuden a nuestra mente y el sentimiento de vitalidad que despierta la vegetación, ausente en el paisaje de los Picos, hace este otro más amable, más complejo, más humano en una palabra.

Por encima de la línea de la selva continúa el *monte bajo*, la retama o *escoba*, los *piornos* y las *urces*, sustituyen al arbolado. En algunos rincones estos matorrales dejan correr senderos culebreantes o rectos, terrosos y limpios.

Al recibir la sensación de la naturaleza distinguimos aquí hasta subconscientemente la prelación que existe en la vitalidad de los tres reinos; los páramos, las pampas, los desiertos, llevan al ánimo ideas de quietismo, de desolación. La montaña desnuda, si no da estas mismas sensaciones (acaso por estar atenuada en ella la monotonía a causa de la mayor variedad de la forma que en el desierto) resulta siempre menos agradable que cubierta de vegetación.

Tales son las reflexiones que nos ocurren al contemplar la montaña de Asturias después de haber observado atenta y repetidamente en muchas excursiones. Las escribimos para que no se consideren de una manera absoluta, y para que, teniendo en cuenta la infinita variedad de nuestro paisaje alpino, no se olvide que en los Picos de Europa hay retazos del paisaje montañoso de Occidente, lo mismo que en éste aparecen trozos de aquél, pero en ambos casos por excepción, confirmándose así nuestras afirmaciones.

JUAN URÍA RÍU

## LA AUTORIDAD DE LA INTELIGENCIA

# ANTE LA TORRE DE EINSTEIN EN POSTDAM

—...y otro sistema nervioso, el cerebral, que continúa progresando en la serie animal tanto por extensión o multiplicación de sus células como por diferenciación morfológica de las mismas.

*Ramón y Cajal.*

Ya tiene Einstein, en Postdam, un Observatorio astrofísico. Nada más acertado y que concierte más con el revolucionario y grave sentido de la teoría de la Relatividad que ese espíritu arquitectural. El edificio es como la teoría: un faro ante el océano del cálculo diferencial absoluto; un gigantesco bloque, piedra miliar científica, límite de la Mecánica clásica, erguido en aire de afirmación ante el infinito de los fenómenos electrodinámicos. Esas líneas duras de modernísima exaltación barroca, que nos hablan del triunfo de la simplicidad en todo, líneas de artistas innovadores más allá de Otto Wagner, de Pedro Belsrens, de Kolo Moser, de Moll, de Spitzer, de los maestros de Briggs, Robinson, Edwin Sachs, y tantos historiadores modernos, esas líneas purificadas de toda decoración inútil son la transcripción, en cemento, de fórmulas genialísimas que han alejado un poco los *Principios matemáticos de filosofía natural*, de Newton.

Una conferencia de Morente, acerca de la influencia de la Relatividad en la filosofía futura, ha revelado o los que se preocupan de estas nobles cosas el vasto horizonte nuevo que se abre a las más cerradas disciplinas. Pero hay algo más trascendental que eso y es la importancia de la teoría en sí misma. No se destruye, decía Comte, sino aquello que se sustituye. Nos ha tocado a nosotros presenciar el advenimiento de una teoría de la gravitación como fundamento

de un principio general de la Relatividad en los movimientos, un concepto de una belleza y grandiosidad increíbles sobre la estructura geométrica del Universo, sobre la métrica de la variedad *espacio-tiempo*, sobre la transformación casi total de los pilares fundamentales de la Mecánica clásica y quién sabe si de todas las ciencias físicas y sobre todo, y ello es lo emocionante, de las propias y hasta ahora inmutables leyes newtonianas. El triunfo de Einstein, en su maravillosa conferencia de Londres dada tan cerca del sepulcro del más grande hombre que haya existido jamás, nos alienta a presentir que bien pronto desde esa torre se verificarán sorprendentes realidades como las ya alcanzadas, como el corrimiento hacia el rojo de las rayas espectrales en el sol, la rotación del perihelio de Mercurio, la desviación de la luz en un campo gravitatorio. Cuán bello y enorme es todo eso en sí; todo eso de un Universo curvilíneo, nada de líneas rectas sino curvas geodésicas gigantes; la luz caminando en curva, con su masa que pesa, con su velocidad dependiendo del potencial gravitatorio; un hipercilindro en un espacio de cinco dimensiones; la inercia como origen único de todas las fuerzas; la explicación satisfactoria de los fenómenos de isomería de ciertos compuestos en los que la estereoquímica fracasa; las leyes de cohesión y afinidad de los sucesos electromagnéticos; el continuo; la cuestión del anti-sol; tantas y tantas ansiedades más, tan humanas, tan hondas...

Qué camino desde la memoria fundamental de Lorentz, aparecida en los *Amsterdam Proceedings* en 1904 y año anterior; desde 1905 en que Einstein desarrolla en vasta vi-

sión el principio de la independencia de lo absoluto, hasta los últimos meses de 1915 en que Einstein llega en definitiva a formular matemáticamente las leyes físicas; desde aquellas hipótesis en que se funda la geometría, de ese inconcebible adivino que se llamó Riemann, hasta la extensión de los principios de Relatividad a movimientos acelerados y la posibilidad de un nuevo fundamento para la Mecánica, los cuerpos acortándose en la dirección de su movimiento, la independencia del foco luminoso del movimiento de propagación de la luz, la deformación del éter en sentido transversal, su movimiento de rotación como un cuerpo más del Universo... Qué camino hasta llegar su paso a paso al esplendor del triunfo absoluto de Riemann, Helmholtz, Lange y Neumann, del mismo Mach, del propio Maxwell, Hertz y Streintz, a Michelson, Morley, Crounnelin, Eddington, Zeeman, Eölvos, Einstein...

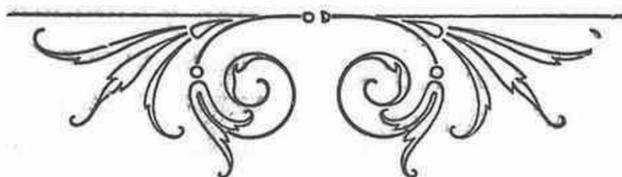
Ante esa torre, un español, un alma ibérica, ha de sufrir un poco. Llegamos tarde a todo, nos incorporamos a todo muy tarde. Cabrera, Plans, Herrera, Pedro Carrasco, algunos más, muy pocos más, vulgarizan magistralmente todo eso: pero salta al pecho el recuerdo de Eugenio D'Ors cuando, al tratar del problema de la curva isócrona, la invención del cálculo diferencial anunciada al mundo por Leibnitz, del problema propuesto a los geómetras por Bernouilli, el de la curva de bajada más corta, exclama: «Y nosotros, Dios mío, gente hispana, no estábamos!...» Qué habíamos de estar; ni entonces, ni ahora... Las soluciones a esos problemas las dieron Francia, Alemania, Inglaterra; hoy mismo son ellas las que nos entregan esas soluciones de que a toda energía se ha de atribuir la propiedad de la inercia, las fuerzas de enlace, la emisión de energía por *quanta*, la pérdida en masa inerte, por emisión de energía, de un punto material, el *ana-kata* perpendicular a las tres direcciones de nuestro espacio físico, los campos de fuerza, la transformación de la aceleración, tantas y tantas cosas más que añadir a esa ciencia moderna mil veces santa que trae esa torre de Einstein entre el telescopio actual, que reduce el más maravilloso de to-

dos los soles, Canopus, a una esfera de dos centímetros de diámetro después de dividir su diámetro real por mil millones y el microscopio que, para hacer lo propio con el electron, le multiplica por dos mil millones...

Esa torre es una piedra miliar de los tiempos actuales en los que todas las cosas del entendimiento, atentas a un profundo rigorismo inexorable, sufren crisis fundamentales. El Arte, el orgulloso mecanismo sentimental, se desplaza sin darse cuenta hacia la Ciencia, en busca de esas formas que no son sino resultantes de sistemas de ritmos. La Moral, con su Derecho, su Justicia, sus Religiones y sus Códigos, caminan a escape hacia la ortobiología. Todo materialismo, intelectual o físico, qué más dá, se espiritualiza a gigantesca marcha. La Ciencia misma se libra con inconcebible audacia hasta de las verdades que ella misma calificó de principios infalibles y que ella misma consustanció en la conciencia de las generaciones como conceptos racionales puros evidentes por sí. Hoy esa Ciencia y, sobre ella, esa Torre, nos dicen que no hay evidencia posible pura; que la rigidez debe dar paso a la radioactividad; que ¡hasta la luz pesa!...; que ¡hasta el rayo de luz—regla y alma de los mundos de  $n$  dimensiones, de esos mundos cada vez más infinitos en un infinito cada vez más absoluto,—se desvía en su camino y sufre en su orgullo esos segundos de arco que la sujetan a no sabemos todavía que soberanas reacciones...!; que nuestra inteligencia capaz de tanto es incapaz de saber, de determinar por una experiencia cualquiera de mecánica si nos movemos o no con movimiento uniforme a través del éter; que los problemas metafísicos no se resuelven bien sino dentro del campo de lo racional, fuera de todo empirismo; que las leyes naturales tienen una independencia absoluta respecto del observador que las percibe; y que la ciencia es solo fuente de verdad cuando el análisis puede reconstruirla no con simples retoques sino mediante una fundamental revisión.

Y es así como el mago de esa torre ha despejado un poco más la admirable frente del Hombre.

EUGENIO NOEL



# ALGO ACERCA DE MI FE

---

## I

¡Cómo engaña  
la niebla en la lejanía!  
Hoy no parece montaña  
lo que ayer me parecía  
la niebla en la lejanía.

Ayer era como el mar  
para el marino inexperto  
que no sabe adivinar  
a través del mar desierto  
la proximidad del puerto.

Más que el sol de la mañana  
gusto del sol de la tarde.  
En la neblina lejana  
tuvo un resplandor cobarde  
aquel sol de la mañana.

Cuánto tiempo sin saber  
que en el erial del fracaso  
de mis quimeras de ayer  
ellas tendrían que ser  
rojas flores del ocaso.

## II

Ya soy un hombre seguro,  
ya tengo fe verdadera.  
Camino al mañana oscuro

ungido de un amor puro  
hacia la humana quimera.

Allí donde un día hallé  
paz en el rudo destajo  
y donde absorto quedé  
viendo surgir del trabajo  
nueva vida y nueva fe.

Un día no muy lejano,  
por amar y por soñar  
desde algún lecho inhumano  
me llevarán a enterrar  
por amar y por soñar.

Ley humana es que así muera  
el que su vida reparte  
en la humana sementera:  
el alma vive y espera;  
la envoltura es la que parte.

Pero ella, la celosa,  
la conciencia libre y pura  
vendrá a poner una rosa,  
de incomparable blancura  
sobre la fría envoltura.

## III

Oyelo bien, alma buena  
perdida en tu soledad:  
bebe en mi fuente serena

el agua de la verdad  
que calmará tu ansiedad.

Ser bueno es poco; es preciso  
ser algo más: combatiente.  
Rebelde a todo. Sumiso  
tan solo al deber consciente,  
y contra el mal inclemente.

No es tan larga la distancia  
que nos separa a los dos.  
En el fondo la sustancia  
es que la huella de Dios  
vamos buscando los dos.

Tus vuelos van hacia arriba;  
los míos van hacia abajo.  
La calma es tu sensitiva;  
la mía lucha y trabajo:  
yo el camino; tú el atajo.

Con la bondad fabricaron  
la vida donde te asomas  
y a ella te esclavizaron.  
Con la bondad amasaron  
el amargo pan que tomas.

Ya sé que todo lo das  
por lo que venga después:  
el cielo, la eternidad...  
El amor a la verdad

no rinde tanto interés.

Dar el sosiego del día  
y el bienestar de mañana  
por nieblas de lejanía,  
no está escrito todavía  
en la conciencia romana.

Y es que te falta la fe,  
—fe verdadera y leal—  
que entre las brumas no ve  
del horizonte ideal  
la propia sombra inmortal.

La inmortalidad ganada  
con la voz sincera y fuerte  
que canta en la barricada  
y tiene una carcajada  
para el gesto de la muerte.

Allí donde están sedientos  
tantos náufragos, Señor,  
empujados por los vientos  
del naufragio de tu amor,  
vencido por el dolor...

Es allí donde mi fe  
giró en su vuelo hacia abajo.  
Es allí, donde se ve  
entre el humo del trabajo,  
el milagro de esta fe.

A. GAMONEDA



# SOBRE UN RASGO DEL CARACTER ESPAÑOL

---

Es cosa común que cuando un fenómeno cualquiera atrae nuestra atención de modo fuerte y persistente, procuramos investigar sus causas hasta hallarle una explicación que satisfaga a nuestra facultad racionante, sin pretender, impulsados de excesiva soberbia, que la dicha explicación sea universalmente válida y aceptada. Por este motivo, al observar la singular posición de nuestro pueblo entre los demás pueblos de Europa, se me ha movido el espíritu a buscar las causas que han podido determinarla, viniendo a concluir que no es ella debida solamente a fortuitas circunstancias históricas, sino a algo más substantivo y profundo, a algo persistente y, por decirlo así, intrínseco, de nuestro carácter. Porque para mí es cada día más evidente (si es que en la evidencia caben grados) que nuestra mentalidad nacional difiere mucho *cualitativamente* de la que podemos llamar mentalidad media europea. Y como lógica y natural consecuencia de esa opinión, hace ya largo tiempo que se ha despertado en mí un creciente interés por cuanto se refiere a la vida espiritual de nuestro pueblo, y de modo particular por su vida religiosa, por su manera de sentir y practicar la religión, ya que ésta se cuenta en grado eminente entre las varias formas en que se manifiesta la espiritualidad de un pueblo.

Por otra parte figúraseme el pueblo español, de tan desconcertantes contradicciones, sumamente difícil de conocer; y se requiere muy agudo sentido crítico y metódica prudencia cuando se intenta alcanzar, rompiendo la cáscara de las apariencias, la vena profunda por donde fluye lo más íntimo y original de nuestra personalidad. Y no es que yo crea que los pueblos tienen un alma, un

espíritu colectivo, como era frecuente creer no hace aún mucho tiempo; pero me parece indudable que los individuos de un pueblo, por influjos hereditarios, por la convivencia de las generaciones sucesivas, por estar sometidos a influencias seculares comunes, comulgan en un fondo de ideas y sentimientos, de ansias y preocupaciones; y a ese repertorio común me refiero cuando hablo de la espiritualidad de un pueblo.

Quizá se me diga que ofrece las mismas dificultades el conocimiento de cualquier pueblo. A eso contestaré que no me parece así. En un pueblo europeo de los que en nuestra edad marcan el rumbo de la civilización, larga y profundamente trabajado por la cultura, el fondo de movimientos originarios aparece más claramente estructurado y disciplinado por obra de esa misma cultura; no es tan turbulento y confuso como en un pueblo a cuyo espíritu no le han sido impuestas las *formas* de la cultura, cuyo influjo, por lo tanto, es sólo epidérmico, periférico. Así, todos los pueblos de Europa han sido hasta cierto punto uniformados por una tradición cultural creada en común, si bien poniendo cada uno la nota diferencial, específica, de su carácter. Pero España, en el conjunto de sus relaciones con Europa (V. Guillermo Haas: *Los tipos de humanidad: La unidad de Europa*, en Revista de Occidente, núm. XVIII) es un caso distinto y quizá único. Estamos, como observó en cierta ocasión Eugenio d'Ors, en la frontera de lo exótico. Recuérdese lo original y pintoresco español en la literatura y el arte europeos. Porque si es cierto que en lo externo y aparente comulgamos con los demás pueblos del continente, en lo profundo e íntimo quizá pueda decirse con verdad que perte-

necemos a otro ciclo de pueblos. Mas esta es una cuestión difícil que nos alejaría demasiado del objeto inmediato de estas notas, el cual no es otro que consignar algunas observaciones sobre nuestra vida religiosa. Trato en ellas a la ligera multitud de graves cuestiones cada una de las cuales reclama ser tratada con más espacio y mayor copia de doctrina y discernimiento que la que yo poseo.

\* \* \*

Sin exprimir la fantasía, matriz fecunda en toda suerte de invenciones, podemos figurarnos que alguien llega por primera vez a España. Al notar la influencia enorme de la Iglesia, en constante intervención en todo acto público, en toda solemnidad, conmemoración, inauguración, etc., y el crecido número de congregaciones que viven en cualquiera de nuestras pobres capitales de provincia; creeráse transportado al más religioso de los pueblos. Mas a poco, y por menudado observador que sea, advertirá que tanta piedad es más aparente que real, pues nuestra moral pública es bien laxa y deplorable. Y en cuanto a la privada... En fin, no dejará de causarle extrañeza grande el hecho, entre nosotros tan frecuente, de que el mismo hombre que hace pública profesión de ardiente catolicismo y que guarda con extremado celo todas las prácticas religiosas, hace alternar en su vida esas ideas y esas prácticas, ya con la licencia de costumbres, ya con actos y profesiones poco confesables, aunque lucrativas. Este fenómeno curioso, este divorcio entre la conducta y el credo religioso, ha llamado siempre la atención de cuantos se propusieron estudiar el carácter de nuestro pueblo. Lo señaló ya Valera en su *Discurso* sobre el Quijote, y en nuestros mismos días Pérez de Ayala lo notó y comentó sagazmente (*La irreligiosidad de los españoles*, folletón de «El Sol» de 21-XII-1923).

¿Cómo puede ser así? Para mí es indudable que hallaremos las causas de ese fenómeno si atendemos, no sólo a nuestra idiosincrasia, a nuestro carácter, sino también a la educación religiosa secular que nuestro pueblo ha recibido. En las luchas de la Edad Media, el musulman era a la vez enemigo de la patria y de la religión, y parece que en los cristianos peninsulares patriotismo y religión vinieron a fundirse de tal manera que para ellos decir infiel era como decir enemigo. Por eso los Reyes Católicos, no juzgando acabada su obra con expulsar sólo a los mahometanos, lanzaron también fuera de España a los judíos. Y cuando, andando el tiempo, apareció en Europa un nuevo y más formidable enemigo de la fe romana, el Protestantismo, creyéronse nuestros mayores

obligados a ser los campeones de Roma contra sus enemigos, no sólo con las armas, sino con nuevas organizaciones religiosas de combate. No por mero azar fué un español el creador de esas milicias de la Iglesia que se llaman Compañía de Jesús.

Al mismo tiempo en el interior, para evitar todo contagio de herejía, para extirpar toda audacia de pensamiento, para aniquilar toda expansión del sentimiento religioso vivo, se forjó el arma terrible de la Inquisición. Desde su comienzo este temido Tribunal prestó poca atención a la conducta de los fieles, pues no era eso lo que le interesaba. Más aún, contribuyó poderosamente a corromper la moral de nuestro pueblo, pues con su anual Edicto de las delaciones elevó a la categoría de virtudes la delación y el espionaje. Pero en cambio, ¡qué tremendo rigor con los pecados de pensamiento, con los errores contra el dogma! Y el miedo puede cultivar la hipocresía, mas no el sentimiento religioso sincero. Así pudo darse el caso, sólo en apariencia extraño, de que Santa Teresa, Fr. Luis de León y otros no menos insignes religiosos fueran perseguidos o molestados por la Inquisición, en tanto que Lope de Vega, Vicente Espinel y otros muchos clérigos famosos llevaron vida de escandalosos desórdenes sin que la Inquisición juzgara necesario intervenir. Ya Melchor Cano, el gran teólogo, se lamentaba de esta paradójica conducta del tribunal religioso en los siguientes términos: «Yo, ciertamente, por lo que a mí me toca, con grande sentimiento y dolor de mi alma, digo que, con gran daño y ruina de la Iglesia; solo se cautela en la publicación de los libros que no estén rociados de errores contra la fe, sin cuidar que no los haya dañosos a las costumbres». (*De locis theologicis*, Lib. II, cap. VI. Citado por Mayáns, *Vida de Cervantes*, § 31).

En resumen, pues, la Inquisición vino con su conducta a enseñar a nuestro pueblo que el alma se salva por el respeto al dogma, sean cualesquiera las costumbres.

\* \* \*

Por un documento de valor inapreciable conocemos en gran parte (justamente en la que más nos interesa) la vida de una ciudad española a fines del siglo XVI. No sabré decir al lector ni donde está ni cómo se llama esa ciudad, ni si es grande o pequeña. A la postre se trata de cosas sin importancia, ya que esa ignorancia se compensa con datos precisos acerca de su vida interna, espiritual.

La ciudad en cuestión llevaba una vida monótona, silenciosa. No se advertía en ella cierto bullicio sino con motivo de alguna fiesta, de la pública ejecución de algún reo,

o cuando se corrían toros. Durante la noche quedaba sumida en las tinieblas más espesas. Su único alumbrado era quizá el de los mortecinos farolillos que ardían ante algunas imágenes. A esas horas era peligroso transitar por sus calles descuidadas. Abundaban los malhechores y la gente que salía a la noche tomaba la precaución de ir convenientemente armada. Las personas principales se hacían acompañar por criados portadores de hachones que alumbraban el camino y evitaban sorpresas desagradables. Es que no era suficiente la vigilancia que ejercía la ronda de alguaciles, y cada individuo tenía que velar por su propia seguridad.

La ciudad era una de esas ciudades levíticas en que abundan las gentes de iglesia. «La clerezia era grande», dice el documento. Externamente parecía aquel un medio de vida recogida y austera; pero corrían de boca a oído entre los vecinos mil secretillos y murmuraciones, porque la maledicencia estaba muy generalizada. Ni las honras mejor fundadas salían incólumes de las lenguas de víbora que allí abundaban. El documento expresa repetidamente el temor que las gentes sentían ante las malas lenguas envidiosas. Todo el mundo espía con maligna intención al vecino, y si bien se evitaba el escándalo, en secreto se contaban cosas nefandas.

En uno de los barrios extremos de la ciudad vivía una vieja en cuya casa tenían también acomodo algunas mujeres de la vida. La vieja poseía una diabólica habilidad en eso de preparar entrevistas a los amantes. Era la más ilustre de las terceras. Según propia y paladina confesión, por su casa habían pasado doncellas y señoras de lo mejor de la ciudad. Allí se había visto al joven disoluto, al señor grave que anda de tapadillo, y a lo más granado de la clerecía. Tal confianza tenían en el sigilo y discreción de la vieja, lo cual no obstaba para que ella les engañase dándoles gato por liebre. ¡Cuántas veces un señor principal o un clérigo lúcido y bien nutrido, pensando tener las primicias de una doncellez, holgaban con una virginidad multitud de veces recompuesta! Que la habilidad para estos menesteres era otra de las gracias de la vieja.

En fin, si el lector quisiera ampliar sus noticias, recurra él mismo al documento de donde las anteriores proceden, que no es otro que la maravillosa *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, llamada de otro modo *La Celestina*. Allí verá cómo so apariencias de austera religiosidad puede fluir una corriente de mansa y sórdida corrupción.

Desde otro punto de vista sería no menos instructivo, aunque más arduo, el estudio de aquellas obras en que los más altos espíri-

tus religiosos españoles expresaron la experiencia de su vida interior. Valen ellas sobre todo (y el lector hará las pocas excepciones que pueden hacerse), no por lo que tengan de inspiración arrebatada y genial, sino por la finura del análisis psicológico. Nuestros místicos (llamémoslos así, según la costumbre), fueron sutiles psicólogos que, en una labor de minuciosa introspección, estudiaron, distinguieron y clasificaron todos los matices del sentimiento religioso que hervía en sus espíritus. En cierto modo, podría llamárseles *técnicos* de la vida religiosa. Si ahora traemos a las mentes el recuerdo de San Francisco, el pobrecillo de Asís, habremos contrapuesto a la técnica estéril la inspiración creadora y fecunda. Porque el *franciscanismo* fué, para el espíritu italiano, una verdadera palingenesis, y no es esta ocasión de detenernos a mostrar cuánto le debe el Renacimiento.

Muy importante también a nuestro objeto es la literatura casuística. ¡Cuánto ingenio! ¡Cuánta sutileza! Pero también ¡qué *mecanización* de cosas que fatal, inevitablemente, perecen al ser estructuradas en un sistema mecánico, en una técnica!

En nuestro teatro hallamos igualmente documentos de alto valor para el conocimiento de nuestra vida religiosa, pues algunos de los más ilustres dramaturgos del siglo de oro llevaron a la escena asuntos religiosos de tal naturaleza que no parece sino que se dirigían a un público de teólogos. ¿Cómo, de otro modo, podían interesar a un auditorio popular cuestiones tan intrincadas cual la de la gracia, la predestinación, el libre albedrío y otras del mismo carácter? Pero yo ignoro hasta qué punto tengan que ver entre sí la teología y el sentimiento religioso. La teología es el dogma, es lo intelectual; el sentimiento es la conducta, es lo moral. Y creo que pueden tenerse a la vez un espíritu rígidamente dogmático y un corazón estéril, incapaz de toda efusión; y que pueden compaginarse una ortodoxia estricta y una moral deplorable. Más aún, una de las más graves dolencias del ánimo, la intolerancia religiosa, el fanatismo, reside íntegramente, en mi opinión, en el espíritu dogmático, y nunca en el verdadero sentimiento religioso, el cual, cuanto más profundo, más se inclina a la piedad, siendo como es en esencia un sentimiento de universal fraternidad.

Desde el punto mismo en que las creencias y la conducta andan divorciadas, la vida espiritual viene a quedar escindida en dos esferas, cuyo límite preciso señalan los tejados de las casas: una de tejas arriba, otra de tejas abajo, según dicen expresiones de uso vulgar en nuestro país. El sentimiento

mismo del amor queda así separado en esas dos esferas, que no se compenetran ni se comunican, antes bien se repelen y excluyen mutuamente. Y en este punto es oportuno recordar (ya que los grandes ingenios son los que mejor expresan en sus obras las preocupaciones de una época, o de una raza) cómo comprendió este grave problema uno de los hombres más cultos, más curiosos y más perspicaces que ha tenido España en el siglo XIX: D. Juan Valera. *Pepita Jiménez* es una novela cuyo asunto, reducido a pocas palabras, no es otro que el conflicto entre el amor divino y el humano. D. Luis de Vargas es un joven estudiante de cura al cual agitan vivamente hondas preocupaciones religiosas. Ni un momento duda que su vocación es el sacerdocio y hasta se halla dispuesto, movido de sublime ardor, a buscar el martirio en tierras lejanas. Pero D. Luis de Vargas no es un místico. D. Luis de Vargas no es sino un teólogo, según me parece, tan joven que es casi un niño, y de naturaleza apasionada. En él las preocupaciones teológicas se funden y complican con las ansias e inquietudes propias de su edad. Así, pone toda la efusión de su alma en el amor a aquello que hasta entonces le parece el único bien amable.

Mas a poco de conocer a Pepita Jiménez sus sentimientos empiezan a cambiar y en breve un amor nuevo, humano esta vez, excluye al primero. D. Luis abandona la carrera, pues reconoce al fin que no le llama

Dios por aquellos caminos, y se casa para ser un buen padre de familia. En otra novela de Valera, *Doña Luz*, el mismo conflicto se plantea de otro modo. El P. Enrique (y nótese que este P. Enrique no es sino el mismo D. Luis de Vargas que en vez de hallar un amor humano antes de terminar la carrera, lo encuentra después de ejercerla muchos años y cuando vuelve de aquellas misiones que tanto entusiasmaban al estudiante), hombre de espíritu elevado, que vive de lleno para su vocación, conoce a la heroína y se enamora de ella. Pero ¡qué dudas, qué tremendas batallas interiores, qué congojoso investigar si aquello es amor o no! Valera conoce perfectamente la que podríamos llamar *casuística del amor*. ¿Por qué teme el P. Enrique? ¿Piensa quizá que ese amor humano que nace pone en peligro los intereses de su alma? Entre tanto, la heroína se casa. El P. Enrique, vencido por el dolor, muere. En Valera, pues, nos hallamos siempre con ese sentimiento de la incompatibilidad de los dos amores.

Frente a Valera, recordemos cómo resuelve Clarín el mismo problema en su cuento admirable *El Señor*. En el alma del sacerdote enamorado ambos sentimientos se funden en uno solo, puro, divino. ¿Por qué no? En el alma mística de Clarín, como en la de San Francisco, hay un solo amor, único, grande, *universal*. Y sin teologías ni casuísticas.

FL. M. TORNER



La figura de Angel Dotor, es harto conocida de todos aquellos que se preocupan de inventariar el movimiento literario y de los que se fijan en el desarrollo del pensamiento español.

Muy joven aún, ya goza de estimación y puede considerarse triunfante en las letras.

Siguiendo su labor asidua, dispersa en las principales revistas de España y de América, nos da la impresión agradable de esas antenas que hieden el azul recogiendo en su aguja todos los silbidos, todas las melodías que vagan errantes por el Cosmos.

Así se nos antoja observando su espíritu benévola mente abierto a todas las ideas y sentimientos, entregado con suma fruición al registro de las palpitations del acoso literario hispanoamericano y de las producciones extranjeras.

Poeta y prosista, no cesa de leer y de hilar, afianzándose en los medios intelectuales de la Corte, labrándose una firme reputación.

Tiene para nosotros este joven, aparte de las magnificas cualidades ya fijadas, el encanto atractivo de su férvido nacionalismo, de su purísimo amor a las partículas disgregadas que nos quedan aquí y allá del pasado ibero. Nos conmueve en él ese afán, desmedido si se quiere, de tratar siem-



pre altos temas, asuntos de un profundo interés nacional. Por rara casualidad le vemos enzarzado con las cosas mínimas, sino en lucha constante con lo de vuelo superior, con las joyas artísticas del tesoro arquitectural y las empresas caballescadas.

Ejemplo de ello, lo tenemos en esas estampas que viene proyectando de la sábana manchega, entre cuyos pliegues residen polvorientos recuerdos y un sublime empeño desjarretado de estirpe; y en sus cánticos a Segovia, la ciudad castellana por antonomasia, con su Acueducto, su Catedral, su Alcázar y su Monasterio del Parral, glorias de España por su rango histórico e inmenso valor artístico.

Angel Dotor, merodea por Castilla nutriendo su espíritu de visiones gigantescas, recordando el ayer y contemplando el presente, por esta Castilla, madre de grandes poblachones como Pedraza y Sepúlveda, y de ciuda-

des medio muertas que templan el alma y la embargan de triste melancolía.

He aquí, pues, un joven perfectamente orientado, cultivador de temas sugeridores, de profunda raíz, que su clara inteligencia y hondo sentido racial, perciben y nos los ofrendan como cariñoso e imponderable presente.

## VISIONES ESPAÑOLAS

# LOS TRASHUMANTES

El comienzo del estío es la época del año en que varias de las regiones españolas inician el curioso éxodo, desde unas a otras de ellas, de gran parte de los trabajadores de sus campos. Nosotros recordamos haber contemplado a estos trabajadores trashumantes de la gleba irredenta. Los vimos algunas veces durante los postreros días vernaes, y lo mismo en los bellos amaneceres áureos que en los ocasos radiantes, cuando, muy jóvenes, deambulábamos por las calzadas fronterizas a la ciudad castellana de nuestro origen, ansiosos de interpretar el sempiternamente bello y enigmático panorama de la Naturaleza. Avanzaban por la carretera

polvorienta o la reseca vereda, formando a modo de caravanas humanas que, despeados, jadeantes, al igual que los animales que consigo llevaban, se cruzaban con nosotros. Aquellas masas de infelices estaban constituidas tanto por hombres jóvenes, fuertes, de recia complexión y acerados rostros, como viejos de hirsutas barbas, mujeres débiles, doncellas núbiles y descalzos niños. Eran los trabajadores de la tierra que han de cambiar de asiento una o dos veces en el transcurso del año, llevando consigo su escaso patrimonio material, para ir en busca del trabajo que no encuentran en su región, y cuyo salario tanto han menester para mal subvenir

a las más imperiosas necesidades. Y hoy, cuando casualmente los contemplamos a nuestro cruzar rápido en el tren que corta el camino de herradura, o en el auto que devora la carretera, no podemos por menos de evocar aquellos días en que los veíamos llegar a nuestro retiro provinciano tañendo a recios resoplidos la dulzaina armoniosa o la caracola estridente, y acampar en las orillas del poblado, sin otro refugio que un frágil lienzo adosado a la pared, o bien guarecidos en el hueco que ofrecía el túnel o el seco albañal, cuando no sin más techo que el *azur* constelado de argénteas abejas demasiado bellas para creerlas otros mundos. Allí esperaban unos días el comienzo de la siega, cuando en los albores del verano, o la vendimia y la recolección de la aceituna, si en otoño, para lograr el trabajo tan ansiado, que no había en su provincia, menos productiva y fértil.

Y nos producía—recordamos—decepción honda, profundo desconsuelo la contemplación de esas gentes, en las que quedan atávicos reflejos de las razas legendarias, porque representan y personifican el *summun* de la pobreza, la incultura y la ruindad material y espiritual que predomina en parte tan grande de la población rural española. He aquí que la tierra que alumbró a estos hombres que se cruzan con nosotros - en cuyos semblantes puede constatarse la pátina que la privación y el trabajo marcaron con carácter indeleble—les niega el mísero sustento que necesitan para su menguada existencia, para su vida oscura, sombría y humilde. Tienen necesidad de abandonar sus lares y trocar la habitación rústica que edificaron los abuelos, a costa de Dios sabe qué sacrificios, allá en el lugarejo, en la aldehuela anónima, por la lona movible de la tienda de campaña, y la que para ellos fuera plácida y encantadora vida del terruño ancestral—a existir en él trabajo permanente—por el ro-

dar nómada, por el marchar azaroso y trasahumante a la ventura. Han de arrastrar consigo hasta a los hijos pequeños y el modestísimo, pero indispensable, ajuar, yendo en derechura de nuevos horizontes con la esperanza de un propincuo retorno antes del invierno... Así un año y otro año. Y en verano, bajo los ardorosos rayos de un sol que refulge aplanador, y, a veces, en otras estaciones con glacial frío y la nieve o el légamo bajo sus plantas, enderezan lo mismo desde Galicia hacia Castilla y Aragón, y desde Andalucía hacia la Mancha, en la época de la siega, que desde las provincias del sur hacia la estepa central en la de la vendimia, o, finalmente, desde las sierras de Cuenca y Teruel hacia la región fecundada por el Betis en tiempo de la recolección del fruto del olivo. Y marchan, esperanzados y hasta alegres, para encontrar ocupación un par de meses, en los que, en fuerza de privaciones, ahorrar unos denarios que el invierno les arrebatará.

Mueve, sencillamente, a compasión, esa parte tan considerable de españoles, seres humildes, pero fuertes, que constituyen demostración palmaria de lo que es el nervio de la raza. Son incultos, pero con su rudo tributo hacen producir a la tierra y dan, en sus hijos, soldados para la patria. No podemos por menos de proclamar que son dignos de mejores destinos, y de que sobre sus mentes oscurecidas alumbre la antorcha de la cultura, que obraría verdaderos prodigios. Esos hombres marchan por los caminos marchitos por la necesidad, abrumados por la fatiga, maltrechos por la privación y el trabajo, y sucede que alguna vez forman un cuadro de desgarrador realismo, de intenso contraste cruzando, en su éxodo, ante la muelle fastuosidad del *auto* o del *sleeping* velocísimos...

ANGEL DOTOR

Madrid-1926.



# LEOPOLDO ALAS-Clarín

## FRAGMENTOS BIOGRÁFICOS

(DE UN LIBRO EN PREPARACIÓN)

Sencilla en sus grandes líneas, de escaso accidente dramático en la peregrinación, y sin decorado de fachada, la vida de Leopoldo Alas, concentrada, íntima, recatada en todo momento, especialmente en la madurez esplendorosa, sin que la «aventura» constituyera influjo de valor apreciable en la formación espiritual, y moral, vida serena y noble, con sus inquietudes y angustias, jamás exhibidas como espectáculo, inspírame tan hondo respeto, que no me atrevería a tomarla como objeto o materia de análisis y de rebuscas, y menos como *tema* de discusión. No sé por qué, me parecería una profanación semejante labor. Alas *para mí* no podría ser, en estricto rigor académico, un *objeto* de estudio y menos de «crítica», a no ser en el sentido en que lo puedan ser las propias emociones, las sensaciones de placer o de dolor con asiento en el alma, en uno mismo. Alas fué en vida, y sigue siéndolo en la memoria espontánea, en la íntima,—*algo* profundamente *mío*—y lo que fuese, persiste, no obstante la esponja del tiempo, en el recuerdo, como fuego o rescoldo, aparentemente apagado o enfriado, que al menor soplo de sugestión, resurge ardiente, cálido. Y el recuerdo, así, en tensión latente, es, en efecto, algo que a sus horas *duele* y *levanta*. En la revisión del tiempo pasado—del *mío*—, Alas es como el período decisivo de una vida, de la que me ha tocado en suerte, desde que comencé a *enterarme* de las cosas que habían de ocupar las horas.... Ese período está, en verdad, lleno de él... y de otros.... en rigor, muy pocos, que son muy pocos los que yo contaría en la estimación definitiva ya, como influjos profundos y cordiales.

Seguro estoy—ya más que sensación—, que mi vida, mi ruta por el mun-

do, sus puertos y amarres, goces y penas, o la manera de sentirlos, más de una generación diría lo mismo, y mi *moral*, y hasta el modo de afrontar dificultades íntimas, y cierta actitud del espíritu ante tantas cosas como a veces llenan y preocupan, y hasta hinchan, a los dignísimos mortales, actitud que considero como una de las más felices conquistas de la educación, seguro estoy, repito, que todo, todo eso, habría sido de otra guisa, si la fortuna no me hubiera deparado el trato cordial con Leopoldo Alas, y a él y a mí, el de Giner de los Ríos. Alas y Giner, dos incansables trabajadores, ejemplo vivo de grandeza moral, desdeñosos de toda vanagloria, austeros por exigencias de su natural modesto, y sanos de alma, cultivadores del ideal, colocados digámoslo así, en la tradición de Jesús, de San Francisco de Asís... y en su actividad concreta, en la acción inmediata, *patriotas* de una España dignificada por la cultura.... hombres de «principios», representantes progresivos de generaciones sin fecha fija, pero a las que España debe, en buena parte, el despertar, lento, a la vida del pensamiento libre... y la incorporación a su ideario de grandes corrientes del pensamiento universal. Para ellos, jamás fueron las ideas valores cotizables en el mercado crematístico, ni tomaron las ideas como las bolas, botellas o cuchillos de los juegos malabares de un circo.

A Alas, como a Giner, como a Azcárate... pero ahora hablo sólo de Alas, le debemos, mi generación, y cuantas han recibido sus enseñanzas directas, o han sido capaces de comprender su vida, todos, le debemos, cosa de tan alto valor como un «ejemplo», un noble ejemplo, educador en el más alto grado.

Sí, Alas—hombre y pensador—es una *vida ejemplar*: de trabajo, de fe, de culto a las ideas... de sincero desdén hacia las estúpidas vanaglorias que a tantos... «empavecen». Era Clarín, todo lo contrario de un «ambicioso», y de un farfante de fachada. Sentía como pocos, y fué esta nota característica de su personalidad, sincero desdén, a veces repugnancia, asco, hacia las *posiciones, talcos, oropeles y relumbrones* que hacen, frente al vulgo plebeyo, empezando por el interesado, de una persona un «personaje»...

Pocos hombres he conocido que con tan espontáneo y reflexivo desprecio desdeñasen hasta la idea de... la vanidad del pavo. Opinaba, por ejemplo, que en materia de «cruces», y doy al vocablo la mayor amplitud en el mundo de los *honores*, la del matrimonio, basta, si el matrimonio es cruz, en todo caso, ¿no es la vida suficiente cruz? *Socialmente* Alas centraba su ideal... *para la vida* (así, a lo Krause), para la vida, del hombre de Dios que cada cual sea—en ser jefe de casa—de un hogar sereno, recatado; mi casa, mi reino o *nuestro* reino... constituido como Dios manda, el Dios de todos... Creía que el más grande invento humano, era el matrimonio o la familia, retiro discreto, inexpugnable. Desde el suyo, Clarín podía ganar y gozar dignamente la vida y la gloria, sin vanagloria, la gloria «sana», que no se traduce en homenajes ruidosos, la que se conquista en la libre labor del pensar libérrimo del que lucha a diario por un ideal, aunque sea a costa de alguna de aquellas como las que sufría el buen Hidalgo Manchego, en sus nobles, aunque a veces tan desusadas empresas.

Si en los años de juventud, el «ansia de *aprenderlo todo*», como él decía en sus *Cartas de un estudiante*, a Tomás Tuero, le llevó a Madrid, desdeñando su aldea, y huyendo del «pozo de sabiduría» de su pueblo, el Sr. *Cerezo* doctor por Sigüenza en Teología, gramático consumado, amén de filósofo y gran tañedor de clarinete, y si, en Madrid, formó Alas su espíritu en el trato, y enseñanzas, de los contados maestros, Giner, Canalejas, Salmerón, Camús... que entonces, por los años de 1871, ofrecía la Universidad central al

estudioso provinciano, que como *Alas llegaba* a la corte, con la maleta llena, no precisamente como el estudiante gallego de Moratín, «de comedias y coplas», sino de cuadernos en blanco que decían: «Apuntes para uso de...»; si *Clarín* surgió en Madrid, y gozó intensamente de la vida intelectual y literaria de la corte, y aun después de asentarse en la Universidad ovetense, sintió a veces deseos de trasladar su cátedra a la Central, y en más de una ocasión inició la preparación de posibles oposiciones... es lo cierto que Alas jamás acometió la empresa con decisión, y que jamás quiso utilizar las directísimas insinuaciones, que, desde Madrid, le hacían personajes eminentes y poderosos. Recuerdo haber visto, en más de una ocasión, cartas de Castelar, en las que le hablaba de los tres asientos en el trono de las letras, que le daban derecho a Alas, «sus privilegios naturales únicos posibles ya, decía el gran orador, en la sociedad que nosotros hemos de democratizar: un asiento en la Universidad, otro en el Congreso y otro en el periódico donde pudiera ejercer el magisterio de la crítica». En otra ocasión, Castelar decía que las «tres sedes por derecho propio» de Alas, eran el Congreso, la Academia y la Universidad, y «acabaría mi vida contento», decía el gran republicano, «si Dios quisiera prosperar nuestros deseos de traérmolo a usted a esos tres sitios». Recuerdo también una carta de don Juan Valera, en la que manifestaba a Leopoldo, el deseo de verle pronto saltar de la Universidad de Oviedo a la de Madrid, para que curado de la *academifobia*, fuese a la calle de Felipe IV, a aquel palacio... porque según don Juan las juntas de la Academia «son casi siempre muy divertidas».

Pero Alas, en definitiva, prefería la vida de relativo aislamiento provinciano—*socialmente* hablando—de Vetusta, ciudad con «espíritu» propio, original, de intenso carácter, ya ahora muy desvanecido y cantera inagotable para la inspiración del creador de *tipos*,—como lo atestigua la «obra» de Clarín, y la de Pérez de Ayala—: la prefería, con sus molestias mezquinas, sus vulgares irrespetuosidades, a la vida de salón...

ADOLFO POSADA.

# “LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX”

## “ALCALÁ GALIANO” (1)

Nuevamente se ha vuelto a revisar la obra inmarcesible de Clarín. Y como siempre, un fervoroso amor y un hálito de simpatía se ha posado sobre ella. No llenaría esta revista sus fines, si no recordase en sus páginas la memoria de Leopoldo Alas, sino le enviase un puñado de fragantes violetas.

Después de las cuartillas autorizadas y afectuosas de D. Adolfo Posada, nada mejor que insertar alguna nota de su claro y finísimo espíritu. Mas, ¿por qué decidírnos? ¿Por un cuento o un Palique?

Los cuentos viven en la memoria de todos y los Paliques son materia inactual. Y he aquí, que salta a la mano el recuerdo de un documento casi desconocido, su disertación sobre Alcalá Galiano, interesantísima y plena de actualidad. Documento que muchos coleccionarán por ser papel agotado y por ser una joya más de aquel hombre que tan honda huella dejó en las letras españolas.

Aunque parezca egoísmo comenzar hablando de mi humilde personalidad, así me lo exige el instinto de mi propia defensa.

Ha dicho un escritor castellano, el malogrado Selgas (aunque no estoy seguro de que no lo hayan dicho otros antes), que era el ridículo el arma que más temía el hombre moderno. Yo, que soy hombre moderno también, temo mucho el ridículo, y no sé por qué se me antoja ver en mi situación presente algo que puede hacer reír.

Vengo, señores, de una de las provincias del Norte: para llegar a dar esta conferencia he tenido que atravesar el puerto de Pajares, he tenido que sufrir mucho frío, exponerme a verdaderos peligros, cuales son los que ofrece el tránsito en ferrocarril por aquellos túneles y sobre aquellos viaductos. Y antojábaseme a mí, cuando venía entre la nieve padeciendo los rigores del clima y otra clase de molestias creadas por los hombres, parecíame tal situación algo semejante a la del héroe de una novela francesa recientemente publicada, que habréis leído muchos de vosotros: *Tartarín sobre los Alpes*, es el héroe de la vanidad que va a exponerse a peligros serios, que va a atravesar ventisqueros, que va a subir a la Jung frau, el Rigi, el Montblanch, para hacer ondear en sus cumbres la bandera del *Club de los Alpines*. Pues yo, seño-

res, ¿no me parezco en algo a este Quijote de la Provenza? Vengo atravesando nieve y sufriendo los inconvenientes de un viaje para dar una conferencia de provinciano ante vosotros que sois los atenienses de España; y como esto es algo ridículo y me presento a vuestros ojos como otro caballero de la triste figura, me atrevo a deciros, aunque haya en esto algo de ingratitud para con el digno presidente del Ateneo, me atrevo a deciros, en puridad, que he venido también... a algunos asuntos particulares. (*Risas*).

Señores, yo no he conocido al mónstruo. Me refiero a Alcalá Galiano. (*Risas*). Sabéis todos que huyendo Esquines de Demóstenes, cuando daba ya lejos de Atenas lecciones de oratoria, a los discípulos que se entusiasmaban al oírle describir el modo de hablar de su vencedor, les decía todavía asustado: ¡Ahl! ¡Pues si hubiéseis oído al mónstruo! Pues yo no le he oído; vengo a hablaros de un ilustre orador a quien habréis conocido muchos de vosotros y al cual yo no he conocido: mi situación, por consiguiente, es por este lado bastante anómala. Además, en esta misma cátedra y en esta misma serie de conferencias han ocupado recientemente vuestra atención ilustres socios del Ateneo, a los cuales, por un concepto o por otro, daba gran prestigio la autoridad que tienen. Hace pocos días hablaba desde este sitio un ilustre general, el Sr. Gómez Arteche; hablaba poco antes otro ilustre general, el Sr. Marqués de San Román, y antes que éste y ocupándose de materia muy análoga a la que a mí me ocupa, hablaba desde aquí el que yo me atreveré a llamar Nestor de la política española. Todos recordaréis como pintaba Homero a Nestor; Nestor se presenta a dirimir las contiendas de Agamenón y de Aquiles, y les dice: soy el Rey de Pilos, he visto pasar dos generaciones y vivo ahora con la tercera que sois vosotros; y si vosotros sois héroes, si sois valientes y ostentáis hazañas dignas de ser contadas, más valientes, más prudentes que vosotros fueron aquellos héroes a quien yo ví combatir en la guerra contra Tebas,

(1) Conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid en el curso 1885-86.

Pues bien, el Sr. D. Andrés Borrego es el Nestor de la política española; el Sr. Borrego que me ha precedido en este sitio y ha tratado materia análoga y que se da la mano con la mía, representa la generación coetánea del hombre a quien debo biografiar, él ha visto al monstruo y ha presenciado sus hazañas; y le ha visto en la edad de la juventud, en los momentos de su mayor inspiración, en toda la plenitud de su grandeza, en la época de mayor abnegación de su espíritu liberal. ¿Cómo yo me atrevo a hablar después de un hombre como éste? Tendré que fundarme para ello en lo que dice un escritor español que cita D. Marcelino Menéndez Pelayo en su discurso sobre el arte de la historia. Dice este ilustre escritor que acaso conviene que el historiador no haya conocido a la persona cuya historia va a contar, y acaso conviene esta especie de nebulosidad y de perspectiva que presenta la fantasía cuando tiene que suplir al conocimiento directo de la persona.

Y otra cosa dice este mismo escritor que también conviene que yo traiga a cuento, y es que esa idea de la imparcialidad absoluta, esa idea de la fría impassibilidad del historiador es acaso falsa, y yo tal creo; y ya que el asunto que voy a tratar es de pura historia, conviene que os entere del modo que tengo de entenderla para que no os llaméis a engaño. No es la historia obra de estadística, ni es una matrona sin entrañas que vé pasar los siglos y presencia las desgracias de los hombres indiferente; ni es tampoco una estatua de mármol para la cual sean iguales el vicio y la virtud, el crimen y el egoísmo. Cabe, sí, la pasión en la historia; y apasionados han sido los más grandes historiadores; más, ¿cómo cabe la pasión en la historia? No en el sentido de parcialidad, no en el sentido de preferir un partido *a priori*, no en el sentido de preferir una teoría porque sí, sino en el sentido de preferir lo bueno a lo malo, de enamorarse de lo bello y de lo verdadero. En este concepto cuanto más pasión se tenga tanto mejor. Pasión tuvieron Tucídides, Xenofonte; Maquiavelo, todos los grandes historiadores. Tácito sobre todo. Y aún conviene recargar las tintas cuando se trata de

maltratar a los que lo merecen, de hundirlos en el polvo del olvido, o lo que es peor, en el abismo de la maldición eterna. En este sentido, yo lo confieso, he de apasionarme por el personaje que he de presentar a vuestra atención esta noche. He de procurar encontrar en las entrañas de mi héroe lo que en él haya de humano y procurar ver al hombre antes que al político, y no atender para conocer a Alcalá Galiano a lo que dicen las frías páginas de un *Diario de Sesiones* y a lo que dicen las no menos frías de las pocas y no muy buenas historias que tenemos de estos tiempos.

Yo he de procurar, pues, penetrar en las entrañas del hombre y para esto he de atenerme a los consejos de D. Marcelino Menéndez Pelayo en el discurso antes citado, he de atenerme a lo que enseña éste que aunque es mi condiscípulo puede ser mi maestro y a lo que enseña la práctica de la historia en el siglo XIX. He de seguir la tendencia de la historia de los Mommsen, de los Jering y tantos otros, es decir, la tendencia de la historia sentida, de la historia revelada, para poder



LEOPOLDO ALAS (Clarín)

comprenderla y penetrarla, como obra artística que es puramente; porque si esto no se hace, no es más que un frío eco; lo que se entiende por imparcialidad, no es sino superficialidad: pensáis tener un cuadro y no tenéis más que un proyecto, pensáis tener un paisaje y no tenéis más que un plano; mientras que entrando en lo que hay de humano en los actores de la historia encontráis el primer móvil, la verdadera razón de todo, la explicación de las cosas, lo mismo para lo malo que para lo bueno.

Mas no se entienda por esto que he de faltar a lo que se propone el programa que con gran acierto nos ha ofrecido el Ateneo. En él se indica que han de ser estas conferencias, no puramente biográficas, sino biográficas al modo de que se estudie una época determinada a partir desde un personaje que la informe, como se dice modernamente, o mejor dicho, que la dé vida, que haya influido en ella de manera decisiva, o por lo menos culminante. Y esto es lo que me propongo hacer. Voy a examinar la época que se llama constitucional del 20 al 23, la de los célebres *mal llamados*

tres años, y habré de empezar por la influencia que tuvo en ella el personaje objeto de mi conferencia, Alcalá Galiano; mas para esto necesito estudiar al personaje mismo, y confieso que en esta parte he de poner todo el calor natural, porque es la que más me seduce, porque me ofrece alguna novedad relativa. Lo demás, esparcido está por los libros, y poca cosa sería lo que yo pudiera añadir a sus atractivos.

Mas no vayamos a hacer aquí lo que en algunos retratos de hombres célebres se representa; y yo recuerdo en este instante uno del ilustre inglés Pitt, en que se le pinta tomando toda la escena, llegando hasta el cielo, mientras por debajo de sus piernas se ve un coche con cuatro caballos y lacayos. No es así como debe estudiarse una época. Yo no quiero achicar el paisaje y empequeñecer la historia de España en ese tiempo, por agrandar el personaje.

No quiero que sean colosales los personajes, pero tampoco que estén en un rincón del cuadro, quiero la historia como es, y en ella el hombre de tamaño natural, representando en épocas determinadas más de lo que puede aparecer por la fría historia oficial y por la fría historia pragmática.

De modo que ya puedo fijar el programa de esta conferencia, y como ante todo deseo pintar a breves rasgos al hombre, he de hablaros de Alcalá Galiano; pero ciñéndome al programa, tendré que limitar el cuadro deteniéndome en aquel tiempo en que mi héroe, huyendo de los furiosos del absolutismo español, va a vivir a Inglaterra y después a Francia. No tengo para qué hablar del Alcalá Galiano que vuelve a España en tiempo de Cristina e influye en la política de la manera que sabéis todos; y debéis fijaros en esta observación porque si hubiera alguien que estuviese apasionado en contra del personaje y deseara ver en Alcalá Galiano al moderado, al hombre que no siguió en la edad madura los ímpetus de su juventud, yo le advertiría que no es de éste del que voy a tratar, sino del Alcalá Galiano, del Alcalá Galiano que influye con mucha fuerza, con más de la que se cree generalmente, en la Historia de España del 20 al 23; y en este sentido y con esta limitación, no vacilo en decir que se trata de una figura eminente, y creo que pensó bien el que señaló para este periodo de la historia de España a Alcalá Galiano como tipo culminante, como tipo principal, porque si en la apariencia no es el primer hombre de aquel tiempo, ni con mucho, sí lo es en el fondo, sí lo es en la parte esotérica, sí lo es en lo que afecta a las entrañas de la vida de nuestra nación.

Dice Hegel en su famosa *Estética* que entre cuantos tipos puede crear la fantasía para ser dechados de belleza, hay dos superiores a todos; más grande que el que representa el poder absoluto y dominador, es el que representa la oposición

vigorosa, la fuerza de la negación, y a este efecto cita como tipos de los más grandes de la historia y de la epopeya, al hijo de Peleo, Aquiles, y a *Mio Cid*. En verdad que Aquiles frente a Agamenon y Mio Cid frente a Alfonso VI, representan los héroes más famosos y mejores de la épica. ¿Quién puede negar que la Iliada y el romancero con Aquiles y el Cid son las más grandes creaciones de la fantasía humana?

Ser el que manda, ser el que domina, ser el que tiene de su parte todos los elementos, todas las influencias reales, puede ser grande, y lo es; pero es mucho más grande, ser el que está debajo y el que ha de ponerse encima mediante el propio esfuerzo; y así Aquiles que tiene que tascar el freno y retirarse a sus tiendas a esperar el tiempo de su venganza, es más grande que Agamenon imponiéndose brutalmente; como Mio Cid desafiando la cólera de Alfonso VI, es más grande que este monarca con su cetro y con su poder.

Pues bien, reduciendo las cosas, cambiándolas y vistiéndolas con traje moderno para sintetizar la situación y la época que ha de abrazar esta conferencia, algo parecido puede verse entre Alcalá Galiano y Fernando VII. ¿Qué representa Alcalá Galiano? Os suplico de nuevo que os fijéis únicamente en los primeros tiempos de su historia. Alcalá Galiano representa todo lo nuevo, representa el huracán de la revolución introducido como un torbellino en un cerebro, representa toda la vida moderna concentrada en un personaje, representa las ideas que la España de entonces no podía comprender, trabajando en un solo hombre. Y enfrente de él, ¿qué representa Fernando VII el Deseado? Ya lo sabéis. Era el ídolo de España, era amado de todos los españoles; no había hecho nada bueno y había hecho bastante malo, y cuando entra en España todos le adoran, y antes de entrar le adoran también, y aún después de cometer los grandes crímenes que cometió, todavía le adoran. ¿Qué es Fernando VII? Yo me lo figuro como uno de esos ídolos japoneses que están en cuclillas en sus templos; pero éste tiene una facultad especial, la de morder y cohabitar, y no se puede decir que no tiene entrañas porque entonces no se explicarían sus reales voluptuosidades. Ya están enfrente el uno del otro, y os los presento de esta manera para procurar dramatizar en lo posible la historia que tengo que referir. Mas para esto no será necesario que haga la historia de Fernando VII, sino que me refiera a la de Alcalá Galiano, y habéis de perdonarme si hay cierta desproporción en mi discurso y si prefiero todo lo que sean elementos internos, todo lo que tenga relación con su vida particular, puesto que la parte exterior, la parte política es más conocida y podré hacer a ella referencia en la suposición de que la recordáis todos.

Por raro accidente, mal digo raro, puesto que

la amabilidad en las personas bien nacidas no es cosa rara, yo me encuentro respecto de este punto en mejores condiciones que aquellas en que me encontraba hace dos días. Conocía yo respecto de la vida de Alcalá Galiano lo que conocéis todos; había procurado indagar y recoger noticias de los que le habían conocido y tratado; había acudido a todos los medios a que generalmente se acude para adquirir los documentos que se necesitan, y había comenzado por hablar a un prócer asturiano retirado hace tiempo de la política activa, y que en su tiempo fué amigo y compañero de nuestro héroe, el Sr. López Grado. Es el Sr. López Grado un anciano que no ve y apenas oye, pero que tiene fácil palabra, feliz memoria, y se complace en recordar y poner a la vista como brillante kaleidóscopo el cuadro de sus recuerdos. Yo acudí a esta especie de respetable Sibila; le hice hablar, contar sus impresiones, y mucho aprendí de sus labios sobre el modo de ser de Alcalá Galiano.

Después vine a Madrid, y la primera persona a quien consulté sobre el tema de esta conferencia, fué a un ilustre orador, el que mejor que nadie puede sentir lo que era Alcalá Galiano, a D. Emilio Castelar; y el Sr. Castelar me contó la primera impresión que sintió cuando oyó hablar a Alcalá Galiano. Era entonces modestísimo estudiante, y asistía a las cátedras del Ateneo, penetrando por la puerta estrecha, por aquella oscura escalera que todos recordáis.

—Yo había oído, me dijo el Sr. Castelar, a los más ilustres oradores; sabía ya lo que era la oratoria moderna, conocía sus artificios y de todo aquello me sentía yo mismo capaz; pero al oír a Alcalá Galiano, al sentir aquella elocuencia subyugadora, al contemplar aquella obra admirable en que nadie podía darse cuenta de los andamios que a su construcción sirvieran, al admirar aquella ardiente inspiración, verdaderamente me sentí deslumbrado, y me sentí temblar como tiembla el hombre de vocación cuando se encuentra frente a frente con el maestro.

Esta fué la impresión religiosa, por decirlo así, que sintió Castelar, y la que han sentido otras muchas personas. Pero de esto no podía yo hablar por lo ya dicho. ¿Qué, pues, podía yo traer aquí de nuevo? ¿Repetiría lo que dicen las historias que este punto han tratado? Fuera inútil, porque demasiado lo sabéis. Podía valerme tal vez de un libro que recordaréis, titulado *Recuerdos de un anciano*, libro profundo, al que no se le achaca otro defecto que el de ser un tanto difuso, y en lo que yo no estoy conforme; yo soy amigo de los pormenores, porque en ellos entiendo que está la esencia de las cosas, la explicación de la ley a que obedecen. Pero, ciertamente, todo esto no bastaba; y hace dos días, por la amabilidad de otro D. Antonio Alcalá Galiano, hijo de nuestro biografiado, tuve en

mis manos el primer tomo de las *Memorias* (\*) del ilustre orador; y en veinticuatro horas de verdadera fiebre devoré aquellas páginas, me empapé en el espíritu de aquel hombre; y yo, que había empezado a estudiarle casi con frialdad, que había procurado noticias por diferentes conductos, y a pesar de ello no había logrado penetrar al hombre, después de aquella rápida lectura de sus *Memorias*, creí haber visto con claridad algo del personaje. Y confieso, señores, que el personaje me asombró; por eso le he comparado como habéis oído, por eso creo que representa toda la historia de la revolución española en su tiempo, la protesta enérgica y valiente y reflexiva, del que hoy es dominado y mañana ha de ser vencedor, contra la autoridad y la fuerza del que manda. Esto es para mí Alcalá Galiano, y paso ya a registrar su historia, que conoceréis muchos de vosotros mejor que yo.

Alcalá Galiano nació en Cádiz, que parece patria de oradores. De Cádiz es el ilustre presidente del Ateneo (\*\*); cerca de allí nació también el ilustre Castelar y el mismo origen tuvieron otros muchos que son honra de la tribuna. Nació el 22 de junio de 1789, es decir, ocho días después de aquel gloriosísimo del cual decía Berenger:

*Un beau soleil a fêté ce grand jour.*

Vino, pues, al mundo ocho días después de la toma de la Bastilla. No deja él de señalar esta coincidencia, y dice con alguna superstición que pareció influir en los destinos de su vida; por más que a renglón seguido añade con la frialdad que le es característica: «Verdad es que en ese día habrán nacido muchos hombres que hayan sido muy pacíficos y que para nada influyeran en la revolución.» Pero es lo cierto, señores, que si algún hombre representa en España el espíritu revolucionario de los vencedores de la Bastilla, es sin duda ninguna Alcalá Galiano. Otros muchos sirvieron a la revolución con las armas en la mano, pero nadie con la tenacidad del propósito y con la eficacia del esfuerzo de Alcalá Galiano.

No desdeña él su ilustre abolengo, porque reconoce que en estos tiempos democráticos todavía vale algo haber nacido de quienes mucho valían. Y en efecto, se puede ser muy demócrata y preferir haber tenido padres de valor y de mérito. Pues bien, Alcalá Galiano en estas *Memorias* hace remontar su abolengo hasta el siglo XII y lo encuentra en los Guillén de Alcalá. En el siglo XVI se enlaza ya el apellido Alcalá con los Galianos y en D.<sup>a</sup> Mencía, rica-hembra de Córdoba, se funda el mayorazgo, cuya primera obligación es llevar este apellido, ya compuesto de Alcalá-Galiano.

(\*) Cuando el conferenciante hablaba de las *Memorias*, no eran todavía conocidas del público.

(\*\*) El Sr. Moret.

Después se entretiene en contarnos la historia de sus abuelos, y muy especialmente la de sus padres y la de sus tíos: que todo ello es importante porque en el modo de ser de los tíos, y del padre de Alcalá Galiano, hay grande influencia para la vida de nuestro héroe. El padre, D. Dionisio, es un ilustre brigadier de Marina, que murió en la batalla de Trafalgar mandando el *Bahama* y fué un hombre muy notable. Era astrónomo: había hecho importantes descubrimientos en esta ciencia difícilísima: había formado parte de la expedición de Malaspina para dar la vuelta al mundo, aunque no lo consiguió porque le llamaron sus deberes a diferentes puntos; y en fin, figuró dignamente en multitud de empresas nobles y provechosas para la patria.

También se complace en hacer la biografía de sus tíos, alguno de los cuales era hombre muy versado en todos los estudios modernos, muy penetrado del espíritu del siglo y poseedor de una buena biblioteca, donde Alcalá Galiano desde que era niño pudo encontrar el germen de la idea moderna, que más que nadie había de cultivar infiltrándola en los fundamentos de la sociedad española. En aquella biblioteca pudo desde sus primeros años leer las obras de Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Diderot y todos los que representaban la idea revolucionaria del siglo XVIII.

Recordando lo que dice respecto de sus primeros años no puede menos de reconocerse que era un prodigio de precocidad. Cuantos le conocían le miraban como una maravilla, y más que nadie le admiraban su madre y sus tías, una de las cuales hubo de acompañarle después en la emigración. A los cuatro años hacía versos, representaba maravillosamente, sabía de memoria muchas cosas que quizás no sepan hoy algunos periodistas. (*Risas*). Su precocidad se anunciaba por multitud de caminos, y cosa extraña, se notaba en él el mismo fenómeno que después se ha notado en el orador más notable de nuestros tiempos. Cuando tenía todavía muy pocos años asistía a unas funciones de iglesia que celebraban en sus juegos los niños de Cádiz; allí los unos decían misa, los otros cantaban y Alcalá Galiano era el predicador. Y cuenta él mismo, y será verdad, que enterneció a sus oyentes; es decir, señores, que ya desde entonces asomaba la vocación de orador, que cuando ha de ser grande y definitiva empieza casi siempre en la primera edad.

Lo mismo ha sucedido a D. Emilio Castelar, juntaba también a sus parientes y amigos y él era el predicador y el encargado de atraer los corazones a la piedad cristiana. Esta coincidencia de los dos grandes oradores me ha parecido digna de notarse...

Yo, señores, con la falta de costumbre de esta clase de conferencias, no puedo medir el tiempo y

estoy notando que me detengo demasiado en estas menudencias, mas no pienso que es esto indiferente. Yo preferiría a dar una conferencia improvisada coger la pluma y deciros con ella lo que siento de este niño que ha de ser el hombre que se atreva a presentarse frente a la tiranía y que declare un día que está loco el representante de la monarquía. Yo quisiera ir sacando desde esta época la filiación fisiológica de Alcalá Galiano. Hay en él grandes contradicciones; parece por su físico que va a ser el hombre de la pura especulación; parece que no va a ser más que un literato; parece que se anuncia en él algo de lo que era un ilustre poeta, Leopardi, que biografió un sobrino de nuestro orador español. A los cinco años de nacer Antonio, vino su padre de América, encontró que no le agradaban mucho sus habilidades y esto disgustó a la madre. Yo preferiría—dijo el marino—que anduviese a palos con todos, a que supiera tantas cosas; y entonces el niño cogió un sable y se dispuso a romper un espejo.

Alcalá Galiano era un niño mimado y hasta pedante; hacía alarde de su ciencia, que era extraordinaria para su edad, todo anunciaba al hombre que había de vivir del cerebro, al hombre que no ha de penetrar en la acción humana, al hombre que ha de enterrarse en ese santuario en que únicamente existe la lógica de las ideas, porque en la lógica de las cosas se encuentra difícilmente la razón de las mismas. Parece que va a retirarse de la vida real, que no va a tropezar con los demás hombres, ni con las circunstancias, ni con las dificultades, y sin embargo, vamos a verle metido en el corazón de la revolución, vamos a verle siendo un revolucionario, no teórico, ni de los que se contentan con predicar, sino de los que entran de lleno en las revueltas y se exponen a tener que disfrazarse y huir, rodeados de mil peligros; y esto con tanto más mérito, cuanto que era débil, no cobarde, pero sí pusilánime, y entiéndase la palabra en el recto sentido. Él dice de sí mismo: «Yo no levantaba peso alguno», y ya veréis en qué ocasión especial se encontró, en que tuvo que sacar fuerzas de flaqueza. «Yo me encontraba desmañado; si quería aprender equitación, caíame del caballo; si quería aprender esgrima, no podía con las armas; si quería bailar, mis pies se negaban a hacer los trenzados que los bailes exigían. Yo no sabía hacer nada de mi cuerpo; si escribía, mi letra eran patas de mosca.» Había en él una especie de neurosis, esa terrible enfermedad en que se desparan los sentidos; en que el tacto nada tiene que ver con la vista, en que el oído padece aberraciones, en que hay una dolorosa terrible división del yo. Todo esto sentía desde su niñez Alcalá Galiano, todo esto parecía que anunciaba al hombre que iba a ser una especie de pulpo, es decir, un cerebro que tiene tentáculos para coger las ideas, pero

nada más; y sin embargo, le vemos, no abandonar la literatura, pero sí por lo menos declararla para él cosa secundaria; y esto puede ser enseñanza para los modernos.

Existe hoy en Europa, sobre todo en las naciones más adelantadas, una tendencia que yo considero en parte nociva; la tendencia de los espíritus superiores, o que se creen superiores (que no es lo mismo) a despreciar la política. En Francia hoy, especialmente, en Alemania hace mucho tiempo, y aún en España donde ya asoma este síntoma, parece como que es más espiritual en el buen sentido de la palabra, como que es más grande y más distinguido dejar la política para los espíritus prácticos; y hasta se dice con cierto desprecio, para los hombres poco nerviosos, que no se lastiman demasiado con el contacto de la fría realidad; parece como que hay esta tendencia a vivir en calidad de *dilettanti* en el mundo, dejando que los árdulos negocios los resuelvan los hombres de segundo orden. Esta tendencia que tiene algo de buena, tiene mucho de peligrosa, no tanto aún en España, donde por desgracia o por fortuna todavía son muchos los que aspiran a ser diputados. Pero existe la tendencia, y en el tiempo de Alcalá Galiano no existía. A este hombre que parecía nacido para vivir de la literatura y de la especulación, le vemos desde muy joven arrostrar toda clase de peligros y entrar con mucha fuerza en la vida activa. Esto es también un aspecto interesante de su historia. ¿Cuándo le encontramos (dejando yo mucha materia que nos llevaría muy lejos), cuándo le encontramos interviniendo principalmente? Cuando comienza aquel fervor de la revolución que se preparaba para introducirse en España; vémosle intervenir principalmente cuando después de las tentativas de Lacy, de Porlier y de otros ilustres mártires de nuestras libertades, en Cádiz comienzan a prepararse los primeros indicios de la insurrección de 1820.

Alcalá Galiano habíase hecho miembro de la masonería; había entrado en esta sociedad por un motivo muy sencillo que él mismo explica. Tuvo que viajar por Inglaterra y por Suecia, y antes de emprender estos viajes le dijeron en Cádiz que le convendría hacerse masón, porque todos los miembros de esta sociedad eran hermanos, y en todos los países se entendían y se auxiliaban. Esta es la causa de haber entrado en la masonería y no ninguna otra, puesto que él mismo lo declara en sus Memorias.

De vuelta de su viaje a Suecia, cuando iba destinado a la legación del Brasil, se detiene en Cádiz y entra a ser miembro muy importante de la conspiración. Y aquí tenemos que considerar cómo va a comenzar la revolución de 1820, con qué pequeños preparativos; como decía él mismo más tarde «se hizo la revolución en un soplo». En

efecto, el poder absoluto tan fuerte para dominar, era muy débil para defenderse y estaba desprevenido, y bastó la acción de cuatro o cinco conspiradores decididos para poder dominarlo y vencerlo. En este mismo sitio se ha explicado ya por persona competente, cómo se hizo aquella revolución, mas entiendo por lo que decía el programa, que entonces se trataba del influjo del elemento militar y yo tengo que hablaros del influjo del elemento civil en los mismos sucesos: de Alcalá Galiano.

Dividíanse las lógias en varias clases: había una a la que pertenecían los ricos hacendados y comerciantes de Cádiz; había otra de la clase media y había otra de la clase baja. Pues estas diferentes lógias, que no eran muy numerosas por cierto, fraguaron la revolución. Pertenecían a la masonería muchos de los oficiales del ejército que estaba en Cádiz esperando hora propicia para pasar a América, y el llamado *virus* revolucionario cundió mediante esos oficiales y se fraguó una conspiración en la que entraban el conde de La Bisbal, que mandaba en Cádiz, Sarfield y otros varios. Esta conspiración primera hubo de descubrirse por la traición de La Bisbal. Alcalá Galiano tuvo aviso de que estaban vendidas las tropas que esperaban en Jerez de la Frontera; él estaba encerrado en Cádiz; existía el cordón sanitario; era difícil salir de la ciudad, pero pudo conseguir avisar a sus amigos, merced a un primo suyo, D. Antonio Valera, que mandaba un buque correo que iba a salir de Cádiz, el cual le facilitó un bote y le mandó un emisario para avisar a los que iban a sublevarse de que estaba descubierto el movimiento. No llegó el aviso a tiempo y sucedió lo que todos sabéis, que se presentó el conde de La Bisbal, que se sujetó a las tropas y que la sublevación fracasó. Entonces tuvo que huir Alcalá Galiano y se fué a Algeciras y a Gibraltar, donde estuvo escondido mucho tiempo. Fué de los pocos que tuvieron espíritu suficiente para insistir; acompañábale Mendiábal y alguno que otro conspirador de segundo y tercer orden; pero la cabeza, el que llevaba la idea era indudablemente Alcalá Galiano.

Vuelve a Cádiz y vuelve con el propósito de hacer la revolución, aquella revolución que consideraban todos fracasada; y es de observar cómo está en bien pequeños medio el resultado de las cosas, y cómo un hombre civil puede tener en un momento dado en su mano todos los elementos que constituyen la revolución. Nadie pensaba en una segunda tentativa, y sin embargo, Alcalá Galiano con su esfuerzo de espíritu, con la profundidad de su idea, con la convicción que tenía de que aquello era santo y bueno, continúa la intentona: va a ver a Istúriz que había intervenido en el primer movimiento y que ya estaba desanimado. Alcalá Galiano disfrazado con un gorro y unas antiparras, atraviesa en pleno día las plazas de Cádiz y

se dirige a casa de Istúriz para que le facilite dinero.

Le recibió el que había de ser su mayor amigo con afabilidad, pero manifestando la creencia de que sus propósitos eran demasiado atrevidos y no podrían menos de fracasar. Insistía Alcalá Galiano, y por fin Istúriz puso a su disposición el poco dinero que tenía. Alcalá nos cuenta en sus Memorias los apuros porque pasó para trasladar a su domicilio aquellas talegas que apenas podían sostener sus débiles brazos. Disfrazado como estaba y cargado con el dinero, tuvo que atravesar la ciudad de Cádiz por los puntos de más concurrencia, como la plaza de San Antonio. En el camino sentía que sus fuerzas iban a agotarse, que iba a dejar caer los sacos; el dinero rodaría por el suelo, él sería descubierto y la revolución fracasaría.

Pero hace un esfuerzo supremo; busca una calleja extraviada, se mete en un portal, allí cae desvanecido, y se salva la revolución.

No fué éste ciertamente el único peligro. Hacía falta estimular al ejército que había olvidado ya el primer impulso: había que organizar la insurrección; y Alcalá Galiano disfrazado de correo sale de Cádiz, llega a los puntos donde estaban acantonados los diferentes cuerpos del ejército, se presenta en las logias masónicas, y hace renacer el espíritu revolucionario en la oficialidad. Después se dirige a Medina-Sidonia donde tenía a su segundo hijo

Dionisio y a una tía que había vivido constantemente con su madre y que después le acompañó en la emigración, según ya he dicho. Da tristeza, pero una tristeza dulce, ver a este revolucionario, a este hombre dispuesto a llevar a sangre y fuego cuanto fuera necesario para reconquistar la libertad de la patria, entregado al amor de los suyos breves horas para volver confortado a la lucha, que es duelo a muerte.

Abandonando a Medina-Sidonia se encamina a Arcos, pero un emisario le sale al paso para avisarle de que si sigue será cogido. Recorre los pueblos de la comarca, acude a donde piensa que puede ponerse en relación con los cuerpos del ejército para fortalecer el espíritu revolucionario de los oficiales. Por fin, bajo su presidencia se celebra una reunión masónica en la que hace que se proponga al general Quiroga para jefe de la revolución.....

Pero veo, señores, que me voy extendiendo demasiado en estos pormenores, y que me sería imposible terminar hoy por lo mucho que queda por decir, y además porque las fuerzas me faltan y no me siento bien. Permitidme que aquí suspenda mi narración para continuarla y terminarla en otra conferencia,

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

(Continuará)



## ORIENTACIONES

# CÓMO SE ORGANIZA UNA BIBLIOTECA CIRCULANTE

### POLÍTICA PEDAGÓGICA

Recientemente, ha circulado por la prensa una noticia consoladora. En Hungría, y con el fin de elevar el nivel de la cultura pública, van a organizarse por el Estado bibliotecas en todas las localidades que cuenten más de tres mil habitantes, proveyéndose por medio de bibliotecas ambulantes a los pueblos de menor importancia.

El propósito no es nuevo. Los grandes estados europeos se han ocupado, hace ya tiempo, de fomentar y difundir las bibliotecas públicas, persuadidos de la eficiencia con que estas instituciones contribuyen a robustecer las facultades intelectuales de los pueblos.

La España oficial parece, hasta ahora, colocada al margen de política semejante. Privadamente, sin embargo, han surgido en nuestro país, costeadas por la colectividad, algunas bibliotecas circulantes, modelo de organización, que son ejemplos evidentes y confortadores de las virtudes que atesora el alma de la raza.

Es innegable la predilección que el español empieza a sentir por la biblioteca circulante. Y se explica que sea así. España, por su corto número de población, por el enorme coeficiente de analfabetos que aún tiene, y por razones económicas de todos conocidas, es un mercado escasísimo de librería. Los libros se venden poco y

tienen un precio elevado, superior al jornal medio de un menestral. El español modesto, hasta hace muy pocos años se nutría de ediciones baratas, mal editadas y peor traducidas; estas ediciones de baratija han desaparecido con la carestía del libro y hoy el obrero, el empleado, el maestro de escuela y el estudiante si han de comprar mensualmente algún libro lo hacen a expensas de no pocas economías.

La biblioteca circulante vino a resolver a las clases humildes, en donde radica un considerable porcentaje de lectores, el difícil problema del estudio. Las bibliotecas circulantes facilitan libros a domicilio durante treinta días, tiempo suficiente para leer o estudiar, sin apremios, un volumen manual. Percatados de esta excepcional ventaja, los pueblos afanosos de cultura se han dado a organizar por sí mismos estas instituciones, para procurarse colectivamente la ilustración que individualmente no podrían adquirir.

### UN TIPO DE BIBLIOTECA

Gijón tiene, desde antiguo, una biblioteca oficial, anexa al Instituto de Jovellanos, para cuyo usufructo el lector precisa acudir al recinto donde está instalada, a horas fijas e incompatibles para muchos. Una biblioteca, por lo tanto, de vieja usanza y poco

útil para los gijoneses, gentes de fábricas y oficinas. Era necesario, pues, crear otra biblioteca que se acomodara a las aspiraciones del pueblo. La idea surgió en el Ateneo Obrero, donde más se dejaba sentir la conveniencia de estudiar. Hace de esto veinte años. Un grupo de jóvenes, entusiastas y humildes, lanzó la idea feliz, que pocos días después era llevada a la práctica: varios céntimos de sobrecuota serían suficientes para ir adquiriendo lentamente los libros más útiles; el Ateneo cedería local y estantería. Los simpatizantes con el proyecto, en número de cien, se reunieron en asamblea para redactar reglamento y elegir junta directiva. Los ingresos (veinticinco céntimos al mes por asociado) se invertirían en libros, exclusivamente. Un año más tarde, la nueva sección del Ateneo contaba 160 socios y 710 volúmenes.

Hemos conocido en sus orígenes el desenvolvimiento de la Biblioteca Circulante del Ateneo Obrero de Gijón, y recordamos siempre, con emoción visible, el caudal de voluntad, el espíritu de sacrificio y los grandes entusiasmos, dignos de sincero encomio, de los jóvenes que forjaron de la nada esta institución de cultura y consiguieron elevarla a la categoría que

hoy tiene. ¡Venturosos años de incipiente, cuando los elementos directivos turnaban en el despacho diario de libros, después de la extenuadora jornada profesional! Han pasado los tiempos de penuria. Los sacrificios de entonces los corona en la actualidad el éxito franco y merecido. Hoy posee la Biblioteca 6.700 volúmenes y 1.300 socios. En el ejercicio de 1925 ha prestado a sus afiliados un número de obras considerable: 38.363. La organización es perfecta; existen secciones especiales para el niño y para la mujer; se explican frecuentemente cursillos literarios y científicos para orientación de los lectores; hay minuciosos servicios de estadística, sistemas modernos de desinfección, etc. El respeto y el amor que inspira esta obra, son ilimitados. Y lo más precioso de todo, es que el ejemplo cundió y en toda Asturias funcionan ya bibliotecas similares.

Así, lector, se ha organizado en Gijón una Biblioteca Circulante que los gijoneses muestran al forastero con íntima y legítima complacencia. Pues así se pueden organizar otras bibliotecas análogas, allí donde se lo propongan unos hombres enérgicos y voluntariosos.



## LIBROS

«L' Agonie du Christianisme»,  
por Miguel de Unamuno. París,  
F. Rieder et Cie, 1925 :-: :-:

El número 11 de la colección *Christianisme*, que publica la casa F. Rieder et Cie bajo la dirección de P. L. Cauchaud, corresponde a la obra «L' Agonie du Christianisme», que ha compuesto nuestro ilustre compatriota el ex-rector de la Universidad de Salamanca.

Son 160 páginas densas, jugosas, llenas de intensidad. No es nueva en el libro ni la idea ni la exposición en algunas de sus partes. Y esto no está dicho en menoscabo de la elevada categoría mental de una figura tan egregia en el pensamiento español. Él mismo afirma en la advertencia preliminar a sus *Ensayos* esta insistencia en determinados problemas de su labor, al decir que «habrá en España pocos

publicistas que en lo esencial y más íntimo hayan permanecido más fieles a sí mismos»; agregando seguidamente: «En rigor, desde que empecé a escribir he venido desarrollando unos pocos y mismos pensamientos cardinales».

En efecto, en lo esencial y más íntimo, el último libro de Unamuno permanece fiel al espíritu del tema preferido por el insigne don Miguel: el tema religioso, presente como una obsesión en todos sus escritos y en todas sus palabras y eje de su obra «Del sentimiento trágico de la vida». Pero donde se halla el germen de su «L' Agonie du Christianisme» es, de lo que ahora recordamos atendiendo a toda su producción, en uno de sus ensayos, el que tituló «Religión y Patria», publicado por primera vez en 1904 con ocasión del nom-

bramiento de Nozaleda para la sede arzobispal de Valencia, hecho que despertó, como todos saben, enorme apasionamiento en los ánimos. En aquel trabajo plantea el autor el gravísimo problema de la contradicción íntima que para él es el cristianismo. Para Unamuno lo importante, lo acorde con la función del padre Nozaleda en Filipinas era su gestión, pastoral es decir, su influencia religiosa, y no su conducta como funcionario del Estado español, hacia cuya representación, precisamente, se dirigían los ataques entonces de los periódicos liberales. No era su patriotismo o su antipatriotismo lo importante, sino su catolicismo, su cristianismo. Leyendo este ensayo recogemos en él frases enteras, alusiones y citas que reaparecen en este su último libro que reseñamos, especialmente en el capítulo que en otro lugar de nuestra revista damos traducido.

Había, no obstante, en aquel ensayo alguna vacilación, quizá más optimismo, más fe en la compatibilidad de esos dos sentimientos que parecen estar en pugna dentro de todo espíritu profundamente cristiano: el religioso y el civil; pugna que constituye, al decir de Unamuno, la agonía del cristianismo, que agoniza en cada espíritu tocado de esa soberbia locura, de esa trágica contradicción entre la vida temporal y la eterna, y en la que se hundió Pascal, el hombre representativo para Unamuno de esa gran contienda íntima.

Unamuno es nuestro gran exégeta contemporáneo del cristianismo, hecho histórico que, como toda doctrina moral, ha tenido en todos los tiempos y continúa teniendo innumerables interpretaciones. Desde los que creen, con los socialistas utopistas, que ven en él la primera gran figura reinventado de sus doctrinas, hasta los que afirman, como los grandes trágicos del cristianismo, y Unamuno entre ellos, que la religión del crucificado nada tiene que ver con los asuntos de este mundo, con los problemas sociales ni siquiera con los familiares, sino que es enseñanza meramente privada, personal, íntima (exégesis esencialmente protestante), o los socialistas científicos, que le niegan, en contradicción con sus precursores, todo valor aprovechable para sus doctrinas; hay en todas estas interpretaciones, repetimos, para todas las tendencias y para todos los gustos, según la época, la escuela o el individuo.

En «L' Agonie du Christianisme» se presenta el problema descarnadamente, sin aquella probable solución armónica que el autor parecía darnos en su ensayo «Religión y Patria». Y se presenta en ese estilo ardoroso, candente, que no conoce igual en la literatura moderna y del que hallaríamos no muchos ejemplos en toda la literatura española; ese estilo que no es el mero ropaje tan sólo,

sino la expresión íntegra de ideas y sentimientos, el estilo interno, para decirlo en preceptista. Unamuno es el egregio tipo del hombre que escribe, cosa tan distinta, acaso tan opuesta, del literato. Y en este libro se advierte que el estilo, con el espíritu, ha sido depurado, acendrado por el dolor.

JOSÉ ANTONIO CEPEDA

\* \* \*

**Luis Jiménez de Asúa: «La lucha contra el delito de contagio venéreo».**-Publicaciones de la Asociación oficial de Estudiantes de Farmacia.-Editorial Caro Raggio. Madrid. 1925. :-: :: :-: :-: :-:

En Derecho, como en Medicina, lo mejor es prevenir. Sólo en los casos de extrema gravedad debe recurrirse a los llamados remedios heroicos. Las sanciones de las leyes penales surgen, generalmente, cuando los males sociales alcanzan extrema peligrosidad, y entonces reprimir es prevenir también.

La gran difusión de las enfermedades venéreas, los males que causan al individuo y a la especie, y la inconsciencia con que las personas atacadas las comunican a otras (cuando no hay dolo en el contagio, lo que es muy frecuente) han impuesto al legislador la necesidad de adoptar, no sólo medidas profilácticas, sino de represión contra los que sabiéndose aquejados de mal venéreo, y conociendo que es contagioso, lo transmiten a sus semejantes, por el coito, el beso, o la nutrición.

Conviene, pues, difundir la idea de que la transmisión de dichas enfermedades es, y debe ser delito, ni más ni menos que las lesiones o el envenamiento.

Jiménez de Asúa, con la amenidad y didactismo, características en sus publicaciones, dedica a este tema, la monografía que reseñamos, en el que ya le había precedido su discípulo Luis Sierra Bermejo. (1) Con sinceridad y crudeza—dice el autor—que expondrá el tema: «Los problemas de la vida sexual son el eje, del que giran en torno las máximas preocupaciones de los seres humanos; pero la hipocresía ambiente pone sordina en las voces, cuando se habla de este asunto, y rodea de circunloquios los escritos, cuando un autor se ve precisado a abordar tan escabrosas cuestiones». Y con sinceridad y nobleza va exponiendo las fases del problema y sus soluciones, favorables casi todas a la tesis, incluso en España, donde si el delito de contagio venéreo no está definido en el correspondiente articulado de una ley, está reconocido y sancionado por la jurisprudencia del Tribunal Supremo, que lo asimila al delito de lesiones.

(1) «El delito de contagio intersexual y nutrición». Por Luis Sierra Bermejo.—Trabajos del Seminario de Derecho penal Madrid. MCMXXII.

Esta monografía no es exclusivamente para profesionales. Debe ser más bien un libro de lectura popular, porque el conocimiento de que la contaminación de la sífilis o la blenorragia es punible, debe llegar a todos. Y así está escrita: el profano, sin necesidad de conocer el conceptismo de la ciencia penal, puede distinguir claramente, con su lectura, las gradaciones del dolo y de la culpa en relación con el delito de referencia, y los fundamentos científicos de su punibilidad.

Y es muy de alabar la valentía con que el autor, aborda la solución del problema sexual. Dejémosle en la palabra, y que el lector sugestionado por las nobles líneas que siguen, se sienta acuciado a estudiar el libro:

«Yo no hallo remedio más entero contra el donjuanismo y contra el desdoblamiento del amor, que el matrimonio temprano.

»En la actualidad, las uniones conyugales son tardías, y el hombre llega a ellas después de una vida sexual activa, que, casi siempre, ha dejado enfermedades en su cuerpo. No se me oculta que el problema es arduo. La causa de los matrimonios tardíos se debe a que no coinciden las posibilidades económicas con la aparición del impulso genésico.

«Pero es preciso esforzarnos para que el hombre pueda unirse en matrimonio tan pronto como se desarrollan, en toda su plenitud, las exigencias sexuales. Así llegaría el varón a su nuevo hogar sin el rastro de aventuras, que dejan huella indeleble en el cuerpo y en el espíritu, y no sentiría luego los deseos de variedad que hoy experimenta, como reliquia de su primera época de vida polígama.

»Y es urgentísimo también desterrar la viciosa práctica de los matrimonios por conveniencia, en que el amor está ausente.

»El mejor medio de prevenir las infecciones blenorragias o sifilíticas, y de evitar los delitos de contagio venéreo, es el matrimonio temprano, basado en el mutuo cariño integral en el que se armonicen la pasión y el amor puro, *a no ser que, con más valiente gesto, prefiramos ir al amor libre*».

JOSÉ LOREDO APARICIO

\* \* \*

«El barrio maldito»,  
por Félix Urabayen.  
Calpe, Madrid, 1925.

Antes de la publicación de este vibrante libro, Urabayen ya se había revelado como escritor de sendo tiro con otras dos novelas. En la sección «Los nuevos» de la editorial Calpe, figura con «La última cigüeña» y en la «Colección contemporánea» de la misma Casa con «Toledo la despojada.»

El caso de este escritor que llega y conquista con su primer libro un puesto jerárquico en la escala de los valores, mueve a

reflexión, si bien, no es un hecho nuevo en los anales del pensamiento y de la literatura española. Una porción de grandes figuras rompen marcha señalando ufanadas el precedente. Pero es sumamente curioso registrar tal acontecimiento como fenómeno renovador y suceso aislado.

Los escritores pueden clasificarse en dos tipos o grupos. Uno, muy exiguo, que forman los privilegiados, las fuertes individualidades que se destacan del acervo común desde el primer momento que irrumpen y se incorporan al tráfigo de la vida intelectual. Y otro, los que avanzan en falange, penosamente, bajo la advocación de un guarismo que indica, a la vez, el punto de arranque y la aspiración; o sea: lo que define una generación. Intermedio de uno y otro grupo, hay más o menos brotes que sin hervores ideológicos o fines fundamentales que cumplir, van elaborando su obra artística por pasos contados, en la sombra, sin que nada les acucie, resignados a conformidad con el Destino.

Urabayen, nace ya hecho; esto es, pleno de facetas, con una rica entonación lírica y gran fortuna mental. Su formación y valimiento, si tuvo período doliente—cosa incontrovertible—, etapa preparatoria, fué gestada entre telones, valga la expresión, a golpe de severa autodisciplina, sin que le comiese la impaciencia del alumbramiento público ni la hora de la consagración. Se diferencia en esto, del tipo escritor incluido en el segundo ható, que adquiere categoría de valor con ritmo retardo, a través de una sucesiva superación anotada por el crítico y refrendada por el asentimiento general de la época.

Se atraviesa en la hora actual, por una de esas situaciones o momentos difíciles en que los artistas y el hombre de pensamiento, columbran inaccesibles los esplendores de la gloria legítimamente alcanzada. Hoy se exige mucho al escritor. Ser intelectual de primera fila, cuesta enormes sumas de trabajo, infinidad de sudores y rachas de penoso resuello. El gusto se ha refinado de tal suerte, se ha amplificado la visión ideológica y depurado el fondo de los temas hasta tal punto por efecto del tratamiento empleado por los doctores novecentistas, que el triunfo requiere documentación escrupulosa, abundancia metafórica, fluidez idiomática, singularidad y desdoblamiento constante, cosas que no muchos pueden dar.

Pues bien; he aquí, que a pesar de subir la demanda a tantos y preciadísimos doblones, Urabayen paga con relativa facilidad su canon, merced al soplo refrigerante y cálido de belleza literaria que agitan las páginas de «La última cigüeña», su primera novela, quedando consagrado como escritor.

Si quisiéramos dar una impresión global de las características que rigen en su obra,

inicial aún, pero ya maestra, diríamos que se afianza en una florida inspiración—facultad ausente en las producciones de la generación nueva—y en los trazos expresivos, de largo alcance, que distinguen a los buenos literatos.

Más que como novelador—y lo es en gran estima—cuidadoso del alzamiento arquitectural de la trama y del desenlace puntiagudo, que teme perder el hilo de la acción aunque ésta se desarrolle bajo un efecto pueril y melífluo, se complace en el abandono, para entregarse con toda exaltación al atalayamiento de vastas perspectivas, recamando lo que tiene de bello y vital el paisaje, sugiriendo trechos de serranías por donde fluye soterrado un dulce arcaísmo olvidado de stirpe. Se regocija en el delineamiento panorámico y en ir trazando concienzudamente figuras como la Diamantista de «Toledo la despojada», corola aromática y hechicera de la novela y las de sus cortejadores rapaces; los personajes que engalanan las escenas humorísticas repujadas en barro extremeño de «La última cigüeña» y los tipos de raza navarra extraídos de las capas populares tan subidos de color, tan jocundos y bravos, en afirmación goyesca, como los exhibidos en este desfile bullicioso y fraterno que contiene «El barrio maldito».

Su pluma deja el curso de la trama para detenerse ante todo lo que ofrece algo de historia, ante lo que representa gárgola rumorosa y vitalismo concentrado. Basta la cinta blanquecina y serpenteante del sendero que dobla el espinazo de un repecho en la lejanía, la vista de un risco, o la presencia de un arroyuelo mugidor escondido entre maleza o festonado de bellos arbustos, para vibrar como escritor y lucir la opulencia de la lengua.

Urabayen traza un vuelo fantástico con la novela «La última cigüeña» partiendo de los valles húmedos de Navarra a tierras de Estremadura, solar histórico que dió al mundo admiración sin medida con los conquistadores gloriosos del siglo XVI. De allí sigue ruta cruzando la meseta castellana, donde abre un paréntesis con «Toledo la despojada» para caer, más tarde, de retorno, con «El barrio maldito», en las mismas cuencas de dulzura pánica que cantara al remontarse en el azul pirenaico y comenzar su breve éxodo.

Por «El barrio maldito» fluye tornasolada, plañidera y rugiente como saeta sevillana, la vida navarra: Pamplona, vestida de fiesta y ebria de bullanga durante los días de San Fermín; enloquecida con el espectáculo regresivo de los encierros, ceremonia popular semejante en barbarismo y color a la de los caballistas de Arroyo del Puerco esmaltada

por Eugenio Noel (1); con sus corridas de toros, sus cánticos y sus danzas que mantienen en pie día y noche a hatos de menestrales; y el valle de Baztán, con Arizcun y Bozate, barrio legendario éste donde reside medrosa la raza lapidada de los agotes, restos vivientes del Antiguo Testamento.

Con los hilos femeniles de Bozate y el reacio paño de Arizcun, teje Urabayen el bello tapiz de su último libro uniendo canónicamente a Rut y a Pedro Mari, con lo cual aseseta un rudo golpe al odio irrefrenable de los siglos.

Quien sólo busca en la novela deliquios amorosos, ese cliché venusto orlado de luces crepusculares y bucólicas acuarelas, utilizado casi siempre por los autores de pésimas calidades, que no acuda a los libros de este escritor.

En gracia con el talento desplegado en las descripciones y el humorismo de los diálogos, se amalgama el simbolismo de los temas, que si no se pueden reputar completamente originales, por guardar algún contacto en su fronda con otros ya explanados, se yerguen altivos y victoriosos en el exámen de su raíz central.

En rigor, estas tres novelas que marcan la producción y brillante prosapia intelectual de Félix Urabayen, debieran catalogarse como poemas acendrados de égloga. De todas ellas, como de un sahumero, trasciende un reconfortante efluvio de campo; un perfume amoroso de ríos, de flora, de dulzura pánica enviada por la Naturaleza.

EUGENIO DOMINGO

(1) «Nervios de la Raza»-Madrid-1915.

---

#### ACLARACIÓN:

*Por la premura con que fué acoplado nuestro primer número, no se remitió a don Adolfo Schulten el manuscrito de la traducción de su memoria titulada: "Mi investigación arqueológica en España". Era propósito de la Redacción que saliera en el primer número para que sirviera de presentación como se indicaba en la nota que la antecedia. Semejante desliz da ocasión para rectificar las siguientes tergiversaciones observadas por su autor, que considera esenciales: 1.ª; donde se habla de un campamento romano cerca de Numancia el original expresa campamentos. 2.ª; la Numancia ibérica no se encontró entre los muros romanos sino debajo de ellos. Y 3.ª; donde se menciona «las obras de Flavio y las inscripciones» debe leerse descripciones.*

---

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»  
= = = Linares Rivas, 24. GIJÓN = = =